

# De la Esclavitud a la Libertad



# De la Esclavitud a la Libertad

Por F. T. Wright

**El Amanecer de un Nuevo Día**

Publicado por la:  
COMUNIDAD ADVENTO-REPOSO-SABATICA

Producción y despacho:  
Sabbatruhe-Advent-Gemeinschaft  
Waldstrasse 37  
D-57520 Dickendorf  
Alemania

Título original en inglés:  
From Bondage to Freedom

Segunda edición:  
Enero 2001

(From Bondage to Freedom, Spanish edition)

# *Prefacio*

Esta publicación es una versión acabada de lo que fue originalmente la grabación de un estudio presentado por el autor en 1965 en Australia. Los que lo escucharon fueron tan bendecidos, que solicitaron que el estudio se convirtiera en un material impreso. Finalmente se acordó en hacer una impresión provisional de la grabación agregando un material adicional con el propósito de mejorarla. Esto se hizo y se preparó bajo el título *De la Esclavitud a la Liberación*.

Aproximadamente 10 años después, el autor emprendió la tarea de hacer una revisión completa del manuscrito original. Era mucha la experiencia que se había obtenido hasta la fecha, y mucho el testimonio que había sido dado en una vida tras otra, de la certeza de victoria ganada por los que fielmente aplicaron los principios expuestos. Esta nueva versión ampliada, sale ahora a la luz con un título levemente revisado, *De la Esclavitud a la Libertad*

Los Editores

# *Contenido*

Introducción . . . . .	7
Parte 1: El Problema . . . . .	9
Parte 2: La Solución . . . . .	57
Parte 3: Luego del Nuevo Nacimiento . . . . .	101
En Conclusión . . . . .	114

# *Introducción*

Toda publicación se produce con un propósito. El propósito de este estudio es enseñar al lector a cómo entrar en una vida de victoria sobre los insidiosos problemas que tan persistentemente arruinan la experiencia de la humanidad hoy.

No se trata de un estudio para recomendarle lo que usted debe ser. Hay muy poca necesidad de eso, ya que la persona común y corriente, a menos que esté desprovista de cualquier ambición que lo habilite a ser un mejor individuo de lo que es, sabe de antemano lo que quiere ser y se empeña en lograr dicho objetivo. Si el lector es un miembro de una iglesia con altos ideales y normas, entonces la comprensión de lo que uno debe ser, resulta aún más clara. No sólo es más obvia la comprensión, sino que la premura en la persona misma en lograr ese ideal, es aún más urgente.

El problema es: ¿Cómo puedo lograr aquello que en mi fuero interno sé que es correcto y que deseo lograr por encima de toda otra cosa? Esa es la pregunta que innumerables personas hoy procuran diligentemente hallar la respuesta

Si usted es una de ellas, entonces este estudio es para usted. Ha sido escrito, no basado en la simple teoría de alguien, que sentado en un sillón, ha

especulado sobre un camino de victoria que según su parecer percibe como el camino correcto, sino por uno que habiendo buscado con intensa diligencia alcanzar los más altos ideales de la vida cristiana, encontró finalmente la senda de la liberación de la esclavitud de su propia naturaleza perversa. Por consiguiente lo que se expone aquí es un procedimiento probado y experimentado. Pero es también un procedimiento fundamentado en las Escrituras. Además, se trata de un procedimiento que, una vez es presentado a las otras almas en conflicto, ha demostrado ser tan eficaz en sus experiencias como lo fue en la del autor de esta publicación.

Este estudio va a la imprenta en respuesta a la insistente urgencia de aquellos que, siguiendo el rumbo establecido en esta publicación han hallado por sí mismos la solución a los problemas de esta vida. ¡Que este estudio haga en usted lo que ha hecho por nosotros! Constituye el motivo más importante de las oraciones del autor y de otros tantos.

## Parte 1

# El Problema

Todo el mundo sabe hoy que hay profundos problemas a los que el hombre procura con intensa determinación hallar soluciones. Pero sólo hay un lugar en donde puede ser hallada la solución, y es en la Palabra del Dios Viviente. Hay una buena razón para que esto sea así, porque, cuando los apóstoles, Pedro y Juan, puestos de pie delante de sus perseguidores Judíos, hablaron con relación a Cristo Jesús, con estas palabras: “Y en ningún otro hay salvación; porque no hay otro nombre bajo del cielo, dado a los hombres, en el que podamos ser salvos.” *Hechos 4:12.*

Por lo tanto, no es al psicólogo, médico, científico, sociólogo, o cualquier otro por ante quienes deben acudir en aras de encontrar la solución a estos problemas. Sólo hay un lugar, y ese lugar es la Palabra de Dios en donde está revelado el poder salvador de Cristo Jesús, y la manera en la cual ese poder salvador puede llegar a ser personal y efectivamente nuestro

En esa Palabra tenemos el conmovedor testimonio de uno que conoció por sí mismo el poder salvador de esa palabra, y conociéndolo declara: “Porque no me avergüenzo del evangelio, porque

es poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al Judío primeramente, y también al Griego.” *Romanos* 1:16.

Hubo una razón muy válida por la que no se avergonzó Pablo del evangelio de Cristo Jesús, una razón que compartió feliz y diligentemente. “Porque es poder de Dios.”

Piense en todo lo que Pablo podía haber declarado al definir lo que es el evangelio. Él podía haberlo definido como una teoría, un argumento, buenas nuevas o algo semejante. Sin embargo no usó ninguna de estas definiciones. El evangelio, proclamó, “es poder de Dios.” Para Pablo era un poder, pero no un poder cualquiera, sino, que es poder de Dios.

Es definitivamente esencial que desde el mismo comienzo de este estudio comprendamos lo que en verdad es el evangelio. Haríamos bien si ponderáramos la majestad y grandeza de ese poder. Fue mediante el poder de Dios, que los cielos y la tierra vinieron a la existencia. No hay tiempo ni lugar aquí para comentar algo de los hechos y cifras astronómicas con relación a la inmensidad del espacio. Si lo pudiéramos hacer, entonces algo del tremendo poder, el cual es el poder de Dios, comenzaría a iluminar nuestras mentes.

Este mismo poder por el cual los mundos vinieron a la existencia, es el evangelio. Es el poder que antiguamente habiendo sido dedicado al trabajo de llamar la creación a la existencia, está destina-

do ahora para nuestra salvación. Puesto que por medio del apóstol Pablo la Palabra de Dios declara, “Es poder de Dios para salvación.”

El texto no dice específicamente de qué nos salva el evangelio. Pero ¿es necesario que lo diga? Esto ha quedado ya bien establecido en las Escrituras. Cuando el ángel del Señor vino a José, el esposo de María, la madre de Jesús, para anunciar el nacimiento, él dijo: “Y dará a luz un hijo, y llamaras su nombre Jesús, porque Él salvara a su pueblo de sus pecados” *Mateo 1:21*.

La Escritura ha de ser comparada con la Escritura. Las verdades, una vez que han sido establecidas en la Palabra de Dios no necesitan ser repetidas otra vez con las mismas palabras. Jesús es el centro y el poder del evangelio. Por tanto si Jesús vino para salvar a su pueblo de sus pecados, entonces cuando Pablo nos dice que el evangelio es el poder de Dios para salvación, es evidente que se trata de la salvación del pecado.

Cuando tan enorme poder, que no puede ser comparado con otro, es dedicado a la salvación de cada ser humano de sus pecados, entonces se desprende que no debe haber en modo alguno, excusa para el pecado en la vida de ningún ser humano en la faz de la tierra. No hay excusa. Las masas por supuesto no sienten preocupación por el problema del pecado. Viven conforme a sus deseos, y el Señor les da perfecta libertad para que hagan como desean. Pero son culpables, y en virtud de

que son culpables, segaran los resultados de su propio proceder

Pero los que se esfuerzan en ajustarse al patrón divino y mediante una fe viviente echan mano del poder de Dios, también por la fe, serán tan cambiados, que su condición natural será una de amor, paciencia y pureza. Experimentarán en ellos la obra del poder majestuoso de Dios, y conocerán que no hay poder en esta tierra, que los induzca a pecar. Por tanto, no necesitan pecar en lo absoluto. Todos pueden vivir una vida de perfecta victoria sobre cada pecado si lo desean, mientras crean en el poder salvador del Todopoderoso.

El evangelio es para todos, pero el evangelio no es poder de Dios para todos.

“Es el poder de Dios para salvación a todo aquel que cree; al Judío primeramente y también al Griego.”

Solamente para el creyente el evangelio constituye el poder de Dios para salvación del pecado. Para el resto no es mas que una teoría, historia o doctrina, o algo parecido. Para el creyente es sólo poder de Dios.

En el siguiente versículo Pablo nos dice los resultados del poder del evangelio: “Porque en el evangelio la justicia de Dios se revela por fe y para fe, como esta escrito: mas el justo por la fe vivirá.” *Romanos 1:17.*

En el evangelio se revela la justicia de Dios. Consideremos el poder de esa palabra “se revela”. Significa que la justicia de Dios se muestra de tal modo,

que es vista claramente por los espectadores de la escena. Pero ¿dónde se revela el evangelio de Cristo? Se revela en las vidas de aquellos en quienes el evangelio se ha convertido en una agencia operante. En la misma vida de Cristo cuando estuvo en la tierra, el evangelio era el poder de Dios. Este poder lo salvó de incurrir en pecado día tras día mientras estuvo en la tierra. En esa vida la justicia de Dios fue revelada de fe en fe. Cristo es el ejemplo de lo que nosotros debemos ser. “Pues para esto fuisteis llamados; porque también Cristo padeció por nosotros dejándonos ejemplo, para que sigáis sus pisadas” *1 Pedro 2:21*. Exactamente, como la justicia de Dios a través del poder del evangelio fue revelada en la vida de Cristo día tras día, así, debe ser hoy revelada en la vida de todos sus seguidores.

La vida de Jesucristo mientras estuvo en esta tierra, es la revelación para nosotros de lo que Dios espera que sean nuestras vidas. A medida que todo hijo profeso de Dios contemple esa vida, y vea allí la continua corriente de amor, misericordia, gracia, paciencia y todas las otras virtudes cristianas, él, muy naturalmente deseará copiar el ideal. Pero una vida de fracasos o de frustraciones en el pasado inhabilita el pensamiento de que esto pueda ser alguna vez posible. Pero desde el mismo comienzo de este estudio, es importante que la fe se aferre de la poderosa verdad, que el evangelio es el poder de Dios para salvación del pecado, a fin de que en la vida de cada verdadero creyente, la misma

justicia de Dios pueda revelarse de fe en fe. Queda abierta ante cada creyente la estupenda esperanza del glorioso logro personal mediante el poder de Cristo Jesús nuestro Salvador.

Esto es, pues, el evangelio. Es el poder que Jesús usó para cumplir su cometido de tomar al hombre pecador, corrupto, contaminado, deshecho, malicioso, odioso, lleno de pasiones perversas y todos los frutos de la mala naturaleza, para sacar todo eso y llenarlo de amor, gozo, paz, amabilidad, mansedumbre, paciencia, y de todos los frutos del Espíritu, a fin de que la misma justicia de Dios se revele en su vida. Esto es el evangelio, y nada más y nada menos puede ser el evangelio de Cristo Jesús.

Pero ¿es esta la experiencia del cristiano común y corriente de hoy? Para hallar la respuesta, procedamos a hacer un experimento

Vaya ante un cristiano común y corriente, independientemente a la iglesia a la que pertenece y fórmulele la simple pregunta, “Respóndame con toda honestidad, ¿usted comete pecado diariamente?”

Si la persona verdaderamente es honesta, su respuesta invariable será “Sí, debo admitir que así es.” Debemos elogiar a dicha persona por haber dado una respuesta tan honesta y apegada a la verdad.

Procedamos ahora con la siguiente pregunta. “Cuando comete ese pecado y siente el peso de la culpabilidad por haberlo cometido, luego ¿qué hace usted?”

En respuesta dirá, “Confieso mi pecado y le pido a Dios que me perdone y me ayude para no volverlo hacer.”

Una vez mas y la respuesta es verdadera y honesta. De nuevo elogiamos a la persona por esto. Pero ahora proseguimos y lo interrogamos dando un paso más. “Y luego que usted ha confesado su pecado, y ha pedido perdón y la ayuda para no volverlo a cometer nunca más, ¿qué sucede ahora? ¿Siente que ese pecado llega a ser una cosa del pasado o siente que aún está allí acosándolo en su camino igual que antes? En otras palabras, ¿Descubre que comete el mismo pecado repetidas veces?”

A este punto una mirada de asombro aparece en la persona que esta siendo interrogada como si quisiera decir, “¿Por qué me hace usted preguntas tan necias? ¡Por supuesto, el mismo pecado esta allí! Soy todavía un ser humano, y siempre tendré que luchar con esto. Cometo el pecado vez tras vez, y tengo que confesarlo una y otra vez.”

¿Puede tal experiencia ser llamada liberación del pecado? La respuesta inequívoca es ¡NO! Esta es una experiencia de pecar y confesar, pecar y confesar, pecar y confesar.

Piense en su propia experiencia del pasado. Piense en el pecado más insidioso en su vida. Sintió remordimiento de culpabilidad; procuró el perdón de Dios; Le suplicó de todo corazón que lo ayudara a no volverlo a cometer. Prometió fervorosamente que no volvería a hacerlo de nuevo, y luego descubre que lo

volvió a cometer una y otra vez. ¿Acaso no es verdad que a menos que usted sea uno que habiendo descubierto y empleado el camino de la liberación del pecado, se encuentra con que el mismo pecado que hace diez años, era en usted el mayor problema, permanece aún en su vida?

Si con toda honestidad reconoce que esto es así, entonces ha dado uno de los primeros e importantes pasos en aras de obtener la libertad de esta situación. No es la voluntad del Señor que usted fuera así, y no será así en la experiencia de ningún creyente que conoce el evangelio como el poder de Dios para salvación.

Hoy hay grandes diferencias en las creencias doctrinales sostenidas por cada una de las diferentes iglesias denominacionales. Cada una pretende que porque cree en ciertas doctrinas, en su mera aceptación esta el camino de la salvación. Pero el hecho real es, que no importa cuan correcta pueda ser la doctrina, si uno no entiende ni experimenta el poder del evangelio, todavía continúa siendo un perdido como si nunca hubiera creído nada en lo absoluto. Uno puede tener una teoría religiosa diferente; un credo diferente; el edificio de la iglesia puede ser diferente; un sistema de religión diferente; pero esto no necesariamente va a traer salvación. Lo que importa es lo que la religión hace en la persona. A la postre lo que cuenta es el resultado. Si el evangelio en el que creemos ha hecho menos de lo que el evangelio de Cristo Jesús hace, en-

tonces ese evangelio es falso y por consiguiente no es el real, o si es el evangelio de Jesucristo, no se ha aplicado, como es el caso de las vírgenes fatuas.

Sólo aquellos que tienen una victoria personal sobre el pecado, que conocen por sí mismos lo que significa ser salvo de sus pecados, y que notan un verdadero crecimiento en sus vidas, tienen el evangelio de Cristo y, por tanto, pueden predicar el evangelio de Jesucristo. Nadie puede predicar lo que no conoce. Sólo un hombre justo puede ser un maestro de justicia.

Lo que tiene que ser reconocido hasta aquí, es que la obra de salvación involucra nuestra sabia cooperación. Hay una obra que hace el Señor, y una obra que nos toca hacer a nosotros. Dios conoce perfectamente cual es su parte y esta preparado para realizarla en todo tiempo y lugar. El problema es que el hombre no entiende cual es la parte que le corresponde hacer y así hace imposible que Dios realice Su parte.

Que tenemos una parte que desempeñar, es evidente de conformidad con las siguientes palabras de Cristo: “Y conoceréis la verdad, y la verdad os hará libres.” *Juan 8:32.*

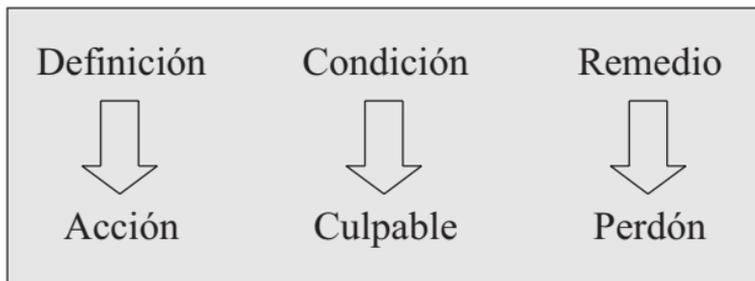
El verdadero propósito de este estudio es hacer clara la verdad que hemos de conocer, la cual nos hará libres. Sin necesidad de más preámbulo sobre la necesidad de conocerla, nos trasladamos directamente al estudio de ese conocimiento en el lenguaje más claro y simple que nos sea posible.

La experiencia y la verdad de la palabra de Dios han demostrado que la primera pregunta que debe formularse y contestarse es ésta, “¿qué es el pecado?” Sea enfatizado que la pregunta no es “¿qué son pecados?” Sino, “¿qué es el pecado?” A la primera pregunta rápidamente responderíamos, asesinato, mentira, hurto, etc. Pero la respuesta a la última pregunta es algo más. No hay mucho que decir, que si esta pregunta no puede ser respondida con toda precisión, entonces no será posible hallar el camino de la liberación del pecado, ya que debemos entender primero el problema que ha de ser resuelto, antes de poder entender la solución.

Con todo, muchos Cristianos profesos aseguran que entienden la respuesta a esta pregunta. Siempre que se les hace esta pregunta, tienden rápidamente a responder con las palabras de las Escrituras, que dice: “El pecado es transgresión de la ley” *1 Juan 3: 4*.

Esta es una respuesta Bíblica, por lo tanto, ha de ser correcta como definición de lo que es pecado, con tal de que entendamos todo lo que el texto esta diciendo en verdad, y no un concepto limitado de lo que está diciendo. La palabra “transgresión” es traducida en la mente de la persona común dando la idea de acción. Así, la comprensión que corrientemente se da a este versículo es que el pecado es una acción producto de un proceder equivocado. A causa de estas acciones de mal pro-

ceder, la condición del transgresor delante de Dios es de culpabilidad que merece condenación, mientras que el remedio divino para esto es el perdón. Esto se puede expresar de la manera siguiente:



A este punto no es difícil mostrar la importancia de entender la respuesta a la pregunta “¿Qué es pecado?” Para hacerlo así, sólo hemos formulado varias preguntas.

La primera de éstas es “¿Podrá alguien alguna vez obtener el perdón si no lo pide?”

La respuesta es ¡NO!

“¿Pedirá alguien perdón si no tiene un sentido de culpabilidad?” La respuesta es ¡NO!

“¿Puede alguien tener un sentido de culpabilidad si no sabe que lo que esta haciendo es pecado?” Una vez más la respuesta tiene que ser ¡NO!

Por lo tanto, una persona debe conocer cuáles acciones son pecaminosas, a fin de poder tener un sentido de culpabilidad tal que lo conduzca a buscar el perdón por ello. De este modo la pregunta tiene que ser formulada y respondida como elemento imprescindible del conocimiento

para quienes obtendrán el remedio divino para el pecado.

Pero la pregunta no ha sido respondida hasta ahora con la suficiente profundidad requerida para garantizar la salvación del pecado. Pecado es mucho más de lo que hacemos. Lo que hacemos es solamente el fruto de lo que somos. Esta definición más amplia de lo que es pecado, constituye un conocimiento esencial para liberarse de su poder.

El Maestro se vio envuelto en una discusión con los fariseos. Él presentó ante ellos una clara definición de lo que es el pecado. Para ellos Él dijo: “Y conoceréis la verdad y la verdad os hará libres.”

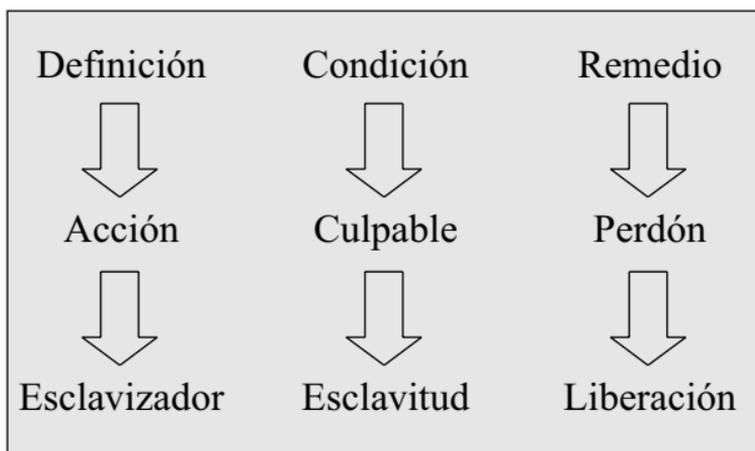
Estos hombres revelaron su ignorancia de los principios básicos del problema del pecado, por sus respuestas: “Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie, ¿cómo dices tú: Seréis libres?”

Ahora, en la respuesta de Cristo, tenemos una completa definición de lo que es el pecado: “De cierto, de cierto os digo, que todo aquel que hace pecado, esclavo es del pecado” *Juan 8:32-34*.

Aquí el pecado es identificado, no como una acción, sino, como un amo, porque si el pecador es siervo del pecado, el pecado tiene que ser el amo del pecador. Para ser tal amo, el pecado tiene que ser un poder, porque nadie puede gobernar como amo si no tiene poder para gobernar como tal, especialmente cuando los siervos no desean rendir obediencia a ese poder.

El pecado es un amo. No se trata de un amo que recibe un servicio amante de sus siervos, sino uno que obliga a sus siervos a rendirle obediencia. De este modo debemos pensar del pecado como siendo un esclavizador. En realidad la palabra original Griega de la cual la palabra “siervo” es traducida, fue la palabra usada para el esclavo, y que usualmente es traducida como esclavo en las versiones más modernas de la Biblia.

Esto significa pues, que nuestra definición del pecado tiene que ser ampliada ahora de la siguiente manera. El pecado es un amo que nos gobierna contra la voluntad, a fin de que estemos en la condición de esclavitud. Para este problema, la solución no es el perdón, en el sentido en que generalmente se entiende esta palabra. Lo que necesitamos ahora es la libertad. Para expresar esto una vez mas en forma diagramada, tenemos lo siguiente:



Como con el perdón, así es también con la liberación, nadie la puede recibir si no la pide. Nadie la pedirá si no reconoce que se halla en esclavitud, y nadie sabrá que está en esclavitud, a menos que comprenda la naturaleza del pecado como esclavizador sobre él. Por lo tanto una vez más debe ser claro, que el primer paso para conocer el camino de la liberación es comprender la respuesta a la pregunta, “¿Qué es el pecado?”

Y, con todo, ¿no es verdad que la comprensión de la mayoría de la gente hasta aquí en lo que al pecado concierne, se detiene en el ámbito de acción - culpa - perdón? A causa de esto ser así, el hacha nunca es puesta en la raíz del árbol, el esclavizador nunca es erradicado, así el profeso religioso se adapta a las exigencias y apariencias externas de su religión, creyendo que está cimentado en algo genuino, dejándolo envuelto en un engaño que lo conducirá irremediamente a la perdición y al olvido.

El esclavizador es la raíz del pecado, y en la Biblia es mencionado por diferentes nombres. En *Romanos 8:7* se le llama la “mente carnal”. En *Romanos 6:6* es llamado “el viejo hombre”, en *Ezequiel 36:26* se denomina “el corazón de piedra”. Y está simbolizado por la lepra. Pero en ninguna parte se destaca mejor la obra del pecado que en *Romanos 7*. Por lo que comenzaremos a leer desde el versículo 9, donde Pablo dice: “Y yo sin la ley vivía en un tiempo; pero venido el mandamiento,

el pecado revivió y yo morí.” Pablo se refiere aquí al tiempo preciso cuando la ley entró en su vida. Hasta ese tiempo, el tiempo cuando el mandamiento vino, Pablo simplemente dice, “Yo sin la ley vivía en un tiempo,” en otras palabras, él fue simplemente un pecador voluntario. Este es el estado del hombre en el mundo antes de llegar al conocimiento de la ley de Dios. Él está satisfecho siendo un pecador. Se siente feliz de ser lo que es. Eso no lo preocupa en lo absoluto.

Pero finalmente llega el momento cuando la ley entra en su experiencia. Cuando la ley entra, le trae el conocimiento de su justicia, la cual apela sobre su vida y conducta. Esto constituye el primer paso hacia Cristo—el conocimiento de la ley. Esto le llega a través de la lectura de la Palabra de Dios, o por medio del predicador consagrado, o de alguna otra manera, pero tiene que venir si es que ha encontrado a Cristo como el Salvador del pecado.

Este conocimiento de la ley de Dios guía a un segundo conocimiento, el conocimiento de lo que uno mismo es delante de Dios. A esto se le llama “Convicción”. Este es el segundo paso esencial hacia Cristo.

La Convicción, a su vez, guía al arrepentimiento, con tal que no sea apagada por el converso creando una resistencia a la obra del Espíritu en el corazón. Esto sucede, porque no es una agradable experiencia la de uno mismo contemplarse como

Dios nos ve. La tendencia natural de la naturaleza humana es rehusar esto como una desagradable revelación. Un ejemplo de esto se encuentra en la historia de Félix y Drusila, según se registra en *Hechos 24:24-27*. “Pero al disertar Pablo acerca de la justicia, del dominio propio y del juicio venidero, Félix se espantó, y dijo: ahora vete; pero cuando tenga oportunidad te llamaré.”

El temor de Félix es clara evidencia de su estado, bajo esa profunda convicción que lo hubiera guiado al arrepentimiento si él no hubiera procurado rechazar la molesta revelación de sí mismo. Pero él despidió al apóstol en el momento que más necesitaba de ese ministro, para guiarlo paso a paso al Maestro. Así también nosotros debemos tener mucho cuidado para que cuando el Señor nos muestre un cuadro verdadero de lo que somos, no lo rechazemos, sino que lo aceptemos con un espíritu de verdadero arrepentimiento que nos dará el Señor en el mismo instante.

Arrepentimiento no es solamente odiar el pecado sino apartarse de él. No basta con odiar el pecado por lo que nos ha hecho. Judas y Balaam, ambos odiaron las consecuencias del pecado, pero ellos no odiaron el pecado en sí mismo. Justamente como odiamos la impureza porque es impureza; así hemos de aprender a odiar el pecado porque es pecado. Hacer esto significa que, en lo sucesivo amaremos la justicia porque es justicia.

Este no es un proceder natural para el ser hu-

mano. Es algo que no podemos generar por nosotros mismos. Por consiguiente el arrepentimiento es un don de Dios. Esta es una verdad establecida en las Escrituras, cuando dice: “A Éste, Dios ha exaltado con su diestra por Príncipe y Salvador, para dar a Israel arrepentimiento y perdón de los pecados” *Hechos 5:31*.

El arrepentimiento, una vez que ha sido recibido como un don de Dios, como un resultado de la obra del Espíritu Santo a través de la Palabra, debe ser acompañado por una confesión de pecado.

Estos, entonces, son los primeros cuatro pasos para ir a Cristo, conocimiento, convicción, arrepentimiento y confesión. La verdad es que muchos han pasado por cada una de estas experiencias como lo mejor que han conocido en cuanto a las experiencias concierne, y han sentido que ellas han satisfecho los requerimientos que dan como resultado la libertad del pecado, y sin embargo, descubrieron que no fueron liberados. Lo cierto es que cuando hayan sido logradas esas experiencias como en realidad el Señor ha designado que sea, entonces se habrá obtenido la liberación. El problema radica en el hecho de que muchos no han entendido justamente lo que significa en verdad cada una de estas experiencias. La comprensión general que existe es que uno se arrepiente de, y confiesa todo aquello que uno ha hecho, mientras ha habido un fracaso en entender

que debe haber un arrepentimiento más profundo por lo que somos y consecuentemente una confesión de eso.

Piense en aquel momento conmovedor cuando por primera vez vino a usted un conocimiento de la verdad de Dios. ¡Qué hermosa y consistente le pareció la verdad por un lado, pero cuán convincente fue por el otro! Contempló su vida pasada llena de egoísmo y pecado, y profundamente arrepentido, no deseó otra cosa mas que terminar con todo eso. Determinó que obedecería todo los mandamientos de Dios. Semejante a Israel en el Antiguo Testamento cuando dijo: “Haremos todas las cosas que Jehová ha dicho, y obedeceremos,” *Éxodo 24:7*; Usted también tomó la resolución de obedecer todos los mandamientos de Dios.

Halló que en cierto modo tenía éxito en lo que a ciertas actividades exteriores se refiere. Fueron ganadas grandes victorias sobre esas atracciones del mundo que anteriormente tenía. Pero de una manera u otra observó que la impaciencia, el mal temperamento, y otros problemas internos todavía permanecían. Ellos se levantaron para vencerlo, y usted se postra a la convicción de que tiene siempre que pecar. Confesó los pecados y determinó que a partir de ahora sería diferente, pero no fue así. Los mismos problemas reaparecieron una y otra vez sólo para darle una experiencia de intento y derrota, confesar e intentar de nuevo para volver a fracasar.

Esta es precisamente la experiencia de la cual el apóstol Pablo testifica en *Romanos 7:15-24*. “Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago. Y si lo que no quiero, esto hago, apruebo que la ley es buena, De manera que ya no soy yo quien hago aquello, sino el pecado que mora en mí. Y yo sé que en mí, esto es en mi carne, no mora el bien; porque el querer el bien esta en mí, pero no el hacerlo. Porque no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero, eso hago. Y si hago lo que no quiero, ya no lo hago yo, sino el pecado que mora en mí. Así, que queriendo yo hacer el bien, hallo esta ley: que el mal esta en mí. Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios. Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, que me lleva cautivo a la ley del pecado que esta en mis miembros. ¡Miserable de mí! ¿Quién me librara de este cuerpo de muerte?”

Sería imposible que Pablo hubiera hecho una descripción de nuestra experiencia pasada como profesos hijos de Dios mejor de lo que lo ha hecho aquí. Cuantas veces he leído estas palabras, la gente ha respondido diciendo, “Este es el cuadro exacto de mi experiencia. Pablo estaba escribiendo acerca de mí cuando él escribió esas palabras.”

En cuanto se lea este pasaje, se verá que Pablo había dado los primeros pasos hacia Cristo. Que conocía la ley en su propia condición con relación a ella, es evidente, en virtud de que él, repetidas

veces admite que ha fallado tratando de alcanzar lo que exige la ley. Al comienzo del capítulo él lo había testificado directamente al decir, “De manera que la ley a la verdad es santa, y el mandamiento santo, justo y bueno.”

Y luego continúa diciendo: “Porque sabemos que la ley es espiritual,” versículo 14. Ya antes en este estudio habíamos observado que el conocimiento de la ley va acompañado por un conocimiento de nosotros mismos. Por consiguiente, inmediatamente Pablo dice: “Porque sabemos que la ley es espiritual,” él confiesa, “mas yo soy carnal vendido al pecado.”

Tales convicciones son seguidas por un arrepentimiento, si las condiciones no son suprimidas. No hay duda que Pablo tiene el don del arrepentimiento a este punto, porque él odia el pecado, como lo testifica: “Sino lo que aborrezco eso hago.” Además él vuelve la espalda al pecado con la mayor determinación posible. No hay duda de que se trata de un verdadero arrepentimiento.

Detrás de todo hay también una confesión. En verdad todo este pasaje es una confesión.

Es obvio entonces, que Pablo da estos primeros cuatro pasos hacia Cristo; conocimiento, convicción, arrepentimiento y confesión. Es igualmente evidente que él no obtiene liberación del pecado. Es de suma importancia que esto sea visto, puesto que hay un gran peligro en pensar que a causa de que hemos dado estos pasos, o creer que los he-

mos dado, por esta razón ya aseguramos la salvación. Sin embargo este pasaje de la Escritura muestra claramente que es posible haber dado estos pasos, al menos en cierta medida, y todavía ser esclavos del pecado, todavía estar sin la liberación del poder dominante de ese amo que nos gobierna contra nuestra voluntad. Esta es en verdad una experiencia de pecar y arrepentirse, pecar y arrepentirse de los mismos pecados persistentes año tras año. Esta es la vida de un esclavo, pecar aún cuando el individuo conoce lo mejor y desea hacer lo mejor.

Cuando una persona ha llegado a un conocimiento de la verdad de Dios y ha experimentado convicción por el pecado, se ha arrepentido de él y lo ha confesado, es apto para creer que ha hallado salvación aun cuando él es todavía un esclavo de su vieja naturaleza pecaminosa. El testimonio de Pablo en *Romanos 7* es además una confirmación para él de que esto es así. Sin duda, Pablo fue un gran hombre de Dios. Él comprendió el evangelio y el plan de salvación. Él estará en el reino de Dios, con todo, él fue carnal, vendido al pecado, y un esclavo del pecado. Él hizo lo que conoció que era bueno, pero se dio cuenta a sí mismo que hacía las mismas cosas que sabía que eran malas. Si esta fue la experiencia de Pablo en ese tiempo cuando fue un verdadero cristiano, y, por lo tanto, tenía la esperanza de la salvación, entonces nosotros debemos esperar que nuestra experiencia

cristiana ha de ser la experiencia descrita en *Romanos* siete. En otras palabras, se cree que la experiencia del hombre de *Romanos* siete, es la experiencia del verdadero nuevo nacimiento del hijo de Dios.

La falta en este argumento consiste en asumir que en *Romanos* siete, Pablo está describiendo su experiencia de lo que él era después de ser Cristiano, mientras que él lo que hace aquí es relatar lo que estaba ocurriendo en su vida en el proceso de llegar a ser un Cristiano victorioso.

Para ilustrar este punto un poco mas, permítanme recalcar una experiencia que una vez tuve. Se me hizo la invitación para que hablara acerca del camino de la liberación a un hombre que ocupaba una alta posición en la administración de la iglesia. Además, él era el director de una institución religiosa, estaba bien versado en las doctrinas de la iglesia, ciertamente guardaba la ley hasta entonces en lo que a los requerimientos externos concierne. Por años había estado parado en el púlpito predicando a la gente. Con todo, cuando yo le leí las palabras de Pablo en *Romanos* siete, él me dijo, “ese es el cuadro exacto de mi experiencia, desde que yo me entregué al Señor. Nací con la maldición de un mal temperamento y todavía tengo ese problema conmigo. Me vence el mal temperamento. Siento la convicción del pecado. Lo confieso y resuelvo que nunca sucederá otra vez. Entonces viene el poder de la tentación y me ven-

ce una y otra vez y así repetidas veces. Puedo realmente sentirme en lugar de Pablo en este pasaje.”

Este hombre fue tan franco y abierto como lo fue Pablo en *Romanos*. Sin necesidad de establecer un juicio sobre este hombre en particular, es conveniente formular la pregunta; ¿Podrá un hombre en este estado levantarse en la resurrección de los justos o estaría eternamente perdido? Asegúrese antes que intente contestar la pregunta que usted comprende lo que es la experiencia, exactamente como esta declarada en *Romanos* siete. Aquí está el hombre. Él conoce la ley de Dios y esta guardándola lo mejor posible. Tiene cargos de alta responsabilidad en la iglesia. Es muy fiel en asistir a las reuniones de la iglesia cada semana. Paga los diezmos y las ofrendas. Activamente se ocupa en los proyectos misioneros de la iglesia. Es altamente respetado por la comunidad. Pero él ha declarado que a pesar de todo lo que hace, es un esclavo de su propia naturaleza y no puede hacer las cosas, las cuales sabe en su corazón que deben ser hechas.

Este es el hombre de *Romanos* siete. Este hombre no es el pecador voluntario en el mundo que tiene muy poco cuidado por las cosas de Dios y por la eternidad. Sabemos que el hombre del mundo, mientras permanece en tal condición, nunca se levantara en la resurrección, pero ¿Qué del hombre de *Romanos* siete? Esta es la pregunta, y es muy importante por cierto.

Hay dos factores aparte del argumento con respecto a la vida de Pablo que influenciarían de manera muy poderosa la mente para decir que esta es la experiencia de un verdadero hijo de Dios. Primero, existe el testimonio de que nuestras vidas durante nuestra asociación completa con la iglesia, han estado conforme al patrón establecido en *Romanos siete*. Somos capaces de pensar en todos los sacrificios que hemos hecho a favor de la verdad y no estamos renuentes a admitir que todo esto ha sido por nada.

Una vez mas, pensamos en esos seres amados quienes han muerto y de quienes sabemos que vivieron en la experiencia de *Romanos siete*. Hemos abrigado la esperanza de verlos en el reino de los cielos. Ahora, si hemos llegado a la conclusión que el hombre de *Romanos siete* no es un hijo de Dios, entonces tememos que nunca los volveremos a ver otra vez. He visto a personas aferradas a la creencia que el hombre de *Romanos siete*, es un verdadero hijo de Dios, sin dar razón alguna. Fallaron en reconocer que no importa lo que creyeran, la realidad del caso es otra. Su rechazo en aceptar esa realidad no cambia la situación en lo mas mínimo.

Por tanto la pregunta sigue siendo de importancia capital para nosotros

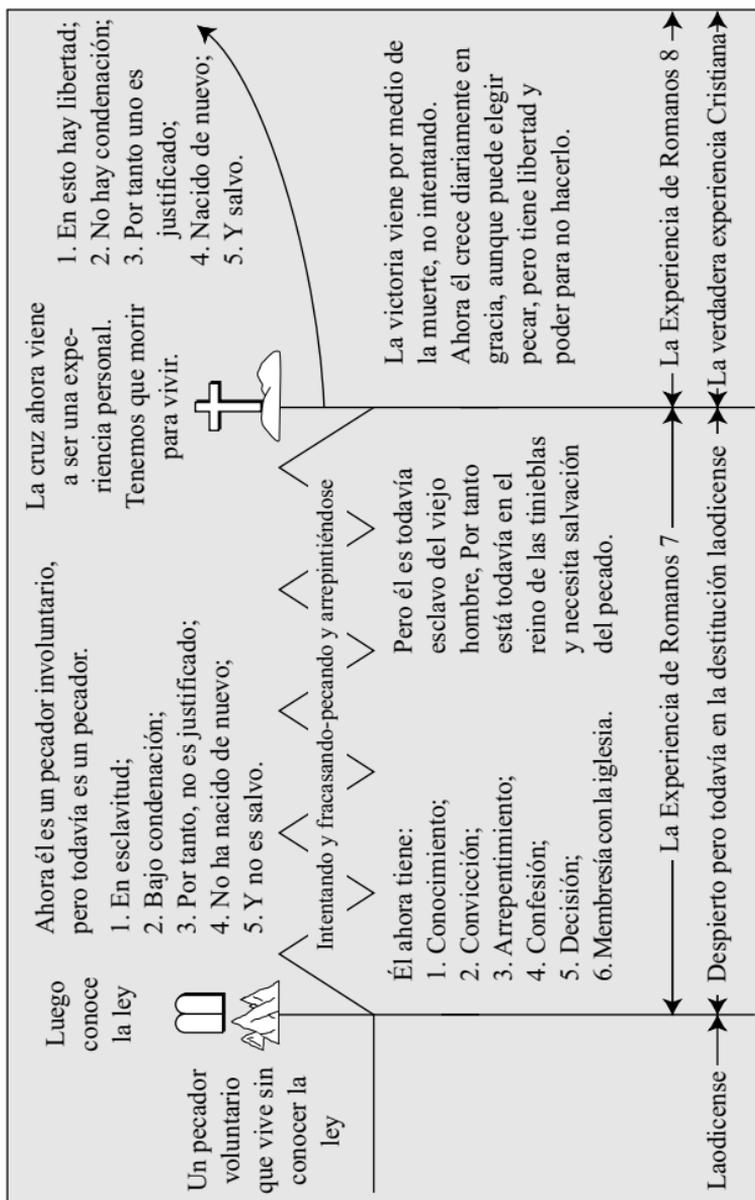
¿Es la experiencia de *Romanos siete* la experiencia de un verdadero hijo de Dios o no?

Siempre que se hace esta pregunta general-

mente se producen tres tipos de respuestas. Hay quienes contestan inmediatamente que sí, que se levantaría en la resurrección. Luego la respuesta de los que no están seguros, mientras que hay otros que dicen que este hombre habiendo muerto en esta experiencia, no se levantará en la resurrección de los justos.

De este modo es claro que hay algo de confusión respecto a si el hombre de *Romanos* siete, es la experiencia de los que son salvos o no. Es extremadamente importante que este asunto se establezca con la mayor claridad posible en las mentes de todos los que procuran la vida eterna. Hay muy buena razón para esto. Considere la peligrosa posición del individuo que sabe que está viviendo en la experiencia descrita en *Romanos* siete, y con todo, al mismo tiempo, cree que esta es la experiencia cristiana normal, cuando en realidad no es así. Tal persona no buscará nada más, sino que se sentirá satisfecha con lo que tiene. Sólo los que buscan hallarán. Por lo tanto, debido a que él no busca más allá, no encontrara nada mas que esto. Cuando, en el gran día final de cuentas, él descubra que ha estado apoyándose sobre una falsa esperanza, su perdición será terrible. No hay nada más pavoroso que pasar la vida pensando que todo marcha a la perfección, sólo para descubrir demasiado tarde que lo que era idea de salvación, no es salvación en lo absoluto.

Es muy importante que las interpretaciones y



opiniones humanas no tengan lugar en la determinación de este asunto. La única autoridad es la Palabra de Dios. Hay un lugar donde la respuesta tiene que ser hallada y es sólo aquí. Entonces cuando la respuesta haya sido hallada en la palabra de Dios, debe ser aceptada porque es la palabra de Dios dada a nosotros para nuestra salvación.

Sin dudas, el hombre de *Romanos* siete, está en la esclavitud. Él conoce lo que debe hacer, pero halla la imposibilidad de hacerlo. El no es en ningún sentido de la palabra un pecador voluntario, sino un pecador involuntario. Él es un pecador que esta sirviendo al poder del pecado y está, por lo tanto, sirviendo a Satanás.

Si él esta sirviendo a Satanás, entonces no puede estar sirviendo a Dios, porque “Ninguno puede servir a dos señores; porque aborrecerá al uno y amara al otro, o estimará al uno y menospreciará al otro. No podéis servir a Dios y a las riquezas” *Mateo* 6:24.

Si él no esta sirviendo a Dios, entonces, ¿cómo puede ser un hijo de Dios? Si no es un hijo de Dios, ¿cómo puede entonces tener salvación? Una vez más la respuesta es, él no puede. Por lo tanto, basándose en esta evidencia, es claro que el hombre de *Romanos* siete, no puede ser salvo.

Pero hasta aquí sólo hemos dado un testimonio al efecto de que el hombre de *Romanos* siete, no tiene salvación. Esto es claro y convincente, pero

no es suficiente, por lo del principio Bíblico que dice, “Para que en boca de dos o tres testigos conste toda palabra” *Mateo* 18:16. Por lo tanto, prosigamos en la búsqueda de otros testimonios Bíblicos al efecto.

En los últimos versículos de *Romanos* siete Pablo llega al final de su descripción de la experiencia del estado de esclavitud del poder del pecado. En la irremediable desesperación a la que la experiencia lo trajo, él exclama: “Miserable de mí; ¿quién me librara de este cuerpo de muerte?”

Es propio formular la pregunta a este punto la cual fue en ambos sentidos bien expresada y contestada por el Dr. E. J. Waggoner en su libro, *Christ and His Righteousness*, págs. 86,87. “¿Es una verdadera experiencia cristiana un cuerpo de muerte tan terrible que el alma es obligada a suplicar por liberación? No, de ninguna manera. . . ¿Cristo libera a uno de tan verdadera experiencia cristiana?-No, en lo absoluto. Entonces la esclavitud del pecado de la cual el apóstol se queja en el séptimo capítulo de *Romanos*, no es la experiencia de un hijo de Dios sino la del siervo del pecado. Fue a liberar a los hombres de esta cautividad a lo que Cristo vino; no a liberarnos durante esta vida, de la guerra y contienda, sino de la derrota; para facilitarnos ser fuertes en el Señor, y en el poder de su grandeza, de modo que pudiéramos dar gracias al Padre, “el cual nos ha librado de la potestad de las tinieblas, y trasla-

dado al trono de su amado Hijo, por cuya sangre tenemos redención.

El argumento empleado por E.J. Waggoner aquí, es que Cristo nunca salvaría de una genuina experiencia cristiana. Con todo aquí Pablo pide ser liberado de la experiencia de *Romanos* siete, El hecho mismo de que él está en la luz de la verdad de que Cristo nunca lo salvaría de esa auténtica experiencia cristiana, es una prueba positiva que la experiencia de *Romanos* siete, no es la experiencia de un verdadero hijo de Dios. Este es el segundo testimonio.

Dirijamos nuestra atención al tercer testimonio.

No fue sino hasta que Pablo hubo exclamado por la liberación con la fe firme de uno quien entiende que no únicamente hay salvación en Dios, sino que el evangelio es el poder de Dios para salvación del pecado, que en respuesta a la pregunta, “¿Quién me librara?” Él pudo decir entonces, “Gracias doy a Dios por Cristo, Señor nuestro” *Romanos* 7:25.

Entonces inmediatamente todo el cuadro cambia. El se detiene sólo lo necesario para luego resumir la experiencia de *Romanos* siete, en estas palabras: “Así que, yo mismo con la mente sirvo a la ley de Dios, mas con la carne a la ley del pecado.” Este es el cuadro exacto del hombre de *Romanos* siete. Él conoce lo que es recto y con su mente determina que sirve a Dios. Él cree en su mente las verdades de Dios. Su mente es fiel al Señor y

dedicada al servicio de Dios, pero las actividades reales de su vida están dedicadas al servicio del pecado aunque, en su mente, sabe que es incorrecto, y, en su mente, desea hacerlo de otra manera.

Haciendo un resumen, Pablo describe el cambio absoluto de la escena, que posteriormente llega a ser la consecuente rendición de su corazón clamando por liberación, y su agradecimiento por haberlo recibido. “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu. Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte.” *Romanos* 8:1,2.

Entonces, en todo el resto del capítulo, él habla de la libertad, de la victoria, de la condición de hijos de Dios y termina con el triunfante testimonio: “Antes, en todas estas cosas somos más que vencedores por medio de Aquel que nos amó. Por el cual estoy seguro de que ni la muerte, ni la vida, ni ángeles, ni principados, ni potestades, ni lo presente, ni lo porvenir, ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro.” *Romanos* 8:37,39.

Es imposible leer a *Romanos* siete, y a *Romanos* ocho, sin ver que en ellos hay dos experiencias completamente diferentes. En *Romanos* siete está la experiencia de un esclavo que es obligado en contra de su voluntad a hacer las obras del peca-

do, mientras que en *Romanos* ocho, se halla la victoria de una persona hecha libre del poder del pecado, para hacer lo que es recto y lo que desea hacer. Las dos no pueden ser la descripción de la experiencia cristiana. Una de ellas puede ser, pero no ambas. Mientras usted ha tenido algunas dificultades en ver que la experiencia en *Romanos* siete, no es la experiencia de un hijo de Dios, tal dificultad no debe existir hasta aquí en lo que se relaciona a *Romanos* ocho. Cualquiera debe estar en la capacidad de ver que esta es verdaderamente la experiencia de un cristiano. En *Romanos* ocho, “ninguna condenación hay, versículo 1; él es “libre de la ley del pecado y de la muerte”, versículo 2. La justicia de la ley esta siendo cumplida en él, y camina “no conforme a la carne, sino conforme al Espíritu”, versículo 4. Él es nacido de Dios y por consiguiente es un hijo de Dios, versículo 14-16. Por lo tanto, él es un heredero, y, en realidad, un “coheredero con Cristo”, versículo 17, él es “mas que vencedor por medio de Aquel que nos amó,” versículo 37.

Esta es una experiencia cristiana. Ninguno puede hallar la mínima dificultad en ver esto. Pero ¡cuán diferente es la experiencia descrita en *Romanos* siete! Por lo tanto, si en *Romanos* ocho, está la descripción de una experiencia Cristiana, entonces, en *Romanos* siete, debe estar la descripción de algo diferente. Esta no puede ser la descripción de la experiencia de un Cristiano.

Pero esta no es toda la evidencia para apoyar la realidad de esto. Al final de Romanos siete, Pablo exclama por liberación y, en cuanto aparece el gran cambio, él agradece al Señor por eso. Entonces su inmediato testimonio fue: “Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo, los que no andan conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” *Romanos 8:1*.

Es bueno enfatizar a este punto el significado de dos palabras en este texto, ellas son: “pues o por esto”, y “ahora.” La primera es una palabra muy común en los argumentos de Pablo. Vez tras vez este es su estilo para exponer hechos reales, y luego extraer las conclusiones de esos hechos. En cuanto él saca la conclusión de los hechos, la introducirá con la palabra “por cuanto”. Lo que en efecto él esta diciendo es esto: Debido a estos hechos, los cuales ya han sido declarados, por consiguiente, se deducen estas cosas.

En este caso en particular, él ha descrito el paso a través de la horrible experiencia de estar en la esclavitud del poder del pecado, de su clamor por liberación y de su otorgamiento. Como esto se cumplió, se deduce que no podía ser de otra manera. Por tanto, no hay condenación. La palabra “ahora”, añade fuerza al uso de “por tanto,” ello indica que hay un cambio. Las cosas fueron tales, pero ahora son diferentes.

Para hacer una doble confirmación a todo lo entendido con relación a por qué no hay ahora

condenación, se declara que no hay ninguna “Porque la ley del Espíritu de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte” *Romanos* 8:2.

En *Romanos* siete, él tenía un testimonio muy diferente que dar. Allí, con toda seguridad, no era libre de la ley del pecado y de la muerte. Ahora él es libre, y a causa de que lo es, no hay condenación. Con esto se desprende que cuando no era libre de la ley del pecado y de la muerte, había condenación.

Hay una simple palabra que significa lo mismo que “no-condenación”, y es la palabra “justificación”.

Ya hemos visto que donde hay libertad de la ley del pecado y de la muerte, como en *Romanos* ocho, después de haber sido liberado de la esclavitud de *Romanos* siete, no hay condenación, lo que quiere decir que hay justificación. Esto es lo mismo que decir que en *Romanos* siete, hay condenación, es decir, que no hay justificación. Entonces, es igual que decir que el hombre de *Romanos* siete aún no tiene justificación o el perdón. Y si él no posee estas cosas, entonces, ¿cómo puede tener la posibilidad de levantarse en la resurrección de los justos?

Bajo ningún concepto hemos agotado los testimonios que declaran que el hombre de *Romanos* siete no tiene salvación, pero estos son mas que suficientes para establecer lo propuesto.

Se le pide al lector a que considere muy cuidadosamente lo que esto significa hasta aquí, en lo

que concierne a su propia experiencia. Si su testimonio hasta este punto es que *Romanos* siete es el cuadro perfecto del estado de su vida espiritual, entonces la verdad es que no tiene la salvación del pecado, y, si muriera en este momento, no se levantaría en la primera resurrección.

Para cualquiera que haya sido por mucho tiempo fiel miembro de una iglesia, y se haya mantenido ocupadísimo en sus actividades, apegado a sus creencias y con liberalidad ha apoyado sus programas y al mismo tiempo tiene una buena reputación en su vecindario, pero con todo, tiene la experiencia de *Romanos* siete, la comprensión de que no posee la salvación pudiera resultarle algo espantoso. Sin embargo es de suma importancia que esta comprensión aflore en su mente, puesto que es esencial que se entienda la verdadera situación, a fin de que sean dados los pasos correspondientes y se eche mano de lo que el Señor tiene realmente para usted.

Hay dos posibles reacciones al llegar a esta comprensión. La tendencia de la naturaleza humana es rehusar aquello que causa molestia a lo establecido y fijado como un patrón en la vida. Después de haber permanecido por tanto tiempo en la cómoda, aunque falaz seguridad de creer que se está bien, hay un fuerte deseo de no afrontar la realidad de la verdad sobre nosotros mismos. No deseamos esa verdad. Por tanto, existe el verdadero peligro de que descartemos esta ver-

dad, para continuar con aquello que es más aceptable y placentero.

Si usted sucumbiera a esta tentación, entonces hallará que sus labios prorrumpirán con una docena de argumentos para contrarrestar las evidencias de la Palabra de Dios. Dirá en ansioso apresuramiento: “¿Por qué? ¡Claro que soy Cristiano! ¡Miren todo lo que he dejado para seguir a Cristo! Ya saben de mi vasto conocimiento de las Escrituras, el tiempo que dedico estudiando y orando, la posición cimera que tengo en la iglesia, etc.”

Ningún error puede ser más fatal que este. Hay mucha gente en la historia que ha perdido la vida eterna, porque no tuvieron el coraje y la honestidad de afrontar la verdad sobre ellos mismos en este punto. El resultado fue que el Espíritu de Dios no pudo hacer nada más por ellos, y las impresiones hechas desaparecieron.

La otra reacción que usted podría experimentar, es una terrible desesperación. Es suficiente honesto al reconocer la verdad de la palabra de Dios cuando claramente le dice que la experiencia en la que usted ha estado no es salvación. El sentimiento de estar perdido y condenado lo abruma y siente que está eternamente separado de Dios.

Si a este punto, esto es lo que siente, nada podría ser mejor para usted. El hecho de haber sido traído a este estado, es obra del Espíritu Santo. El Espíritu sabe que es esencial, que su verdadera condición sea revelada. Es de suma importancia que el

hechizo de la falsa seguridad sea descartado de modo que el Espíritu de Dios pueda hacer la siguiente obra en su favor. Muchos han estado viviendo en la condición de Laodicea como está descrita en *Apocalipsis* 3:14-22. No saben que son infelices, y miserables, y pobres, y ciegos, y desnudos.

Pero esto ha de ser conocido, porque si no es conocido, entonces el alma permanecerá en el sueño profundo de la falsa seguridad hasta que llegue a ser demasiado tarde. Por lo tanto, regocíjese y sea feliz, si ha llegado a este punto, al lugar donde se halle a sí mismo como engañado, imposibilitado y eternamente perdido.

Regocíjese también, porque hay un camino de liberación del poder del pecado. Usted no necesita permanecer en la experiencia de *Romanos* siete, derrotado y frustrado en su ansioso y sincero deseo de servir al Dios viviente. Además, ese camino, el camino de la liberación, no es un secreto. De ninguna manera intentamos traerlo a un punto de desesperación, sin que comprenda el camino genuino de la liberación que lo conduce al gozo de la salvación de Dios. Le imploramos entonces, que se mantenga estudiando este tema, hasta que la fe se aferre del poder de Dios y sea sanado completamente.

Habiendo quedado establecido que el hombre de *Romanos* siete, ciertamente no es un Cristiano, necesitamos entender a qué se debe que aún cuando él conoce la ley y desea observarla, con todo es

incapaz de hacerlo. Entender el porqué de esto, es parte definitiva de la solución del problema.

## **La Naturaleza del Hombre**

La comprensión de este problema yace en el conocimiento de la naturaleza del hombre. El hombre es un organismo muy complejo, en quien hay una interrelación entre todas sus partes. Con todo, mientras existe esta interrelación, debe hacerse al mismo tiempo, una distinción entre las partes principales en consideración al papel jugado en cada una sucesivamente.

Así, para ser más específico, cada uno de nosotros, primero que todo tiene una inteligencia, una mente para pensar. En este departamento, recibimos una información por medio de varios sentidos, los ojos, los oídos, el gusto y el olfato. De este modo los mensajes de Dios llegan al individuo, de modo que viene a conocer lo que él necesita conocer de su propia condición personal, su necesidad, y lo que el Señor hará por él.

La mente no acepta todo lo que se le ofrece, sino que rechaza algunas cosas, por diferentes razones. Podrá incluso rechazar la verdad que el individuo mas necesita, debido a que la mente ya ha sido entrenada para creer a la mentira o porque la aceptación de la verdad sería inconveniente y costosa

Para lograr esto la mente tiene que razonar y

sacar conclusiones. Esas conclusiones sucesivamente exigen hacer decisiones, las cuales apelan a acciones correspondientes por parte del individuo. Esto se da en el marco de la voluntad.

Cuando todo este trabajo ha sido completado en la mente, entonces el cuerpo es llamado a obedecer o a llevar a cabo las decisiones logradas en la mente. Porque el propósito de este estudio es hacer entender que el cuerpo es un instrumento designado a cumplir los propósitos de la mente del hombre. En lo sucesivo, como el estudiante avanza en el estudio de la obra de reforma, la cual sigue a la experiencia del nuevo nacimiento, será necesario entender que el cuerpo es también capaz de ejercer bastante presión sobre la mente para satisfacer sus necesidades auto-gratificación y auto-conservación

Que el cuerpo es un instrumento, se hace evidente en estas palabras: “Ni tampoco presentéis vuestros miembros al pecado como instrumentos de iniquidad, sino presentaos vosotros a Dios como vivos de entre los muertos, y vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia” *Romanos 6:13*.

No debiera haber ninguna dificultad para nadie, entender que el cuerpo ha de ser el siervo de la mente. Piense en esta simple ilustración. Como resultado de la información que tiene y consecuentemente a ulteriores decisiones en la mente, digamos que usted desea viajar de donde está a otro

lugar. La información almacenada en la mente, le dice que lo primero que tiene que hacer es caminar desde donde se encuentra hasta la estación de tren. La mente no puede ir allá sola, pero sí puede ordenar a los miembros del cuerpo, es decir, a los pies y a las piernas en particular, para que lo trasladen hasta allí. El cuerpo lo hace siguiendo la dirección de la mente.

Muchos otros ejemplos podrían darse a partir de este arreglo. Cada persona podría recordar en su diario vivir la manera en que funciona esto, pero en el caso de *Romanos* siete, el cuerpo no siempre hace lo que la mente desea que haga. Lea la clara demostración de esto en el versículo quince.

“Porque lo que hago, no lo entiendo; pues no hago lo que quiero, sino lo que aborrezco, eso hago.”

Aquello que es hecho, es hecho por medio del instrumento del cuerpo físico. Pero aquello que es hecho en este ejemplo, no es permitido al cuerpo hacerlo, mientras aquello que él desea hacer, el cuerpo no lo hace, sino que hace exactamente lo que más odia hacer. Es claro que es en la mente razonable en donde existe el aborrecimiento de esta cosa. Esto está allí aunque no lo quiera. He aquí un caso claro de una situación donde la mente conoce lo que debe ser hecho, desea hacerlo, envía instrucciones a los miembros del cuerpo para hacerlo, pero para su completa desilusión descubre que el cuerpo hace otra cosa en vez de lo que quiere hacer.

No debiera haber ninguna dificultad en entender esto, porque estoy seguro que todos lo han experimentado en algún momento. En realidad, si usted todavía testifica que está o se encuentra en la experiencia de *Romanos* siete, entonces conoce muy bien de lo que estamos hablando. Usted ha resuelto, por ejemplo, que nunca volverá a decir a los demás palabras obscenas y ligeras. Realmente es sincero en sus intenciones. Su voluntad está dispuesta a hacer esto, y por un tiempo todo marchará bien, pero viene el día cuando ese indomable instrumento, la lengua, habla esas sucias palabras de amarga recriminación contra otro. ¡Cuán avergonzados nos sentimos por ello, después de haber agotado todas nuestras fuerzas tratando de hacer lo contrario!

Indudablemente que, el hombre de *Romanos* siete sabe lo que es correcto. Él conoce la ley de Dios y se goza en las grandes verdades de la palabra de Dios. “Porque el querer el bien esta en mí, pero no el hacerlo.” Versículo 18.

La pregunta ahora para ser afrontada es esta: ¿Por qué es que en la situación descrita en *Romanos* siete, el instrumento humano—el cuerpo—no obedece las direcciones de la mente? Ha de haber una razón bien clara y definida para esto, una razón que, cuando sea conocida y entendida se convertirá en un paso decisivo hacia la solución del problema.

La situación en *Romanos* siete no es correcta.

Dios no creó al hombre con la intención de que su cuerpo fuera rebelde contra su mente. Dios le dio al hombre un cuerpo destinado a llevar a cabo los deseos de la mente, para que sea obediente a la voluntad, pero mientras éste no es el proceder en *Romanos* siete, sí es el proceder en *Romanos* ocho, donde vemos el cuadro del creyente, acercándose al punto donde puede hacer con el cuerpo aquello que sabe que es correcto.

A este punto la persona normal concluye que el problema es que la voluntad es demasiada débil para traer al cuerpo bajo la verdadera sujeción, de modo que lo que se necesita es ejercer la voluntad con mas determinación y poder, a fin de que el cuerpo sea puesto bajo sujeción de la mente. Pero, no importa cuanta determinación se ejerza, si uno encuentra que la situación no cambia. La respuesta a este punto no consiste en un poder más fuerte de la voluntad o en cuán grande sea la determinación. Esta consiste en detectar otro aspecto de la naturaleza humana la cual no ha sido mencionada hasta aquí en este estudio.

Toda persona normal tiene una mente y un cuerpo. Ella también tiene una tercera entidad la cual desempeña un papel muy significativo en la experiencia de su vida. Identificar y separar esta tercera entidad no es cosa muy fácil, pues, hay muchos que niegan su existencia como entidad separada. En otras palabras, ellos consideran a la naturaleza de carne humana y la entidad a la que

nos estamos refiriendo como si fuera la misma cosa. Este es un serio error, que los inhabilita a ser liberados de este enemigo

Debido a que la identificación y separación de este tercer aspecto de nuestras vidas, es tan vital para el éxito en la búsqueda de la positiva victoria sobre el pecado, dedicaremos un corto espacio para mostrar su existencia y diferenciarla de la naturaleza física humana.

Con toda certeza y claridad, Pablo hizo referencia de las tres justo en este mismo capítulo de *Romanos*: “Porque según el hombre interior, me deleito en la ley de Dios; pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente, y que me lleva cautivo a la ley del pecado que esta en mis miembros” *Romanos* 7:22, 23.

Considere con mucho cuidado este versículo. Primero Pablo testifica que él tiene deleite en la ley de Dios en su hombre interior. Tal deleite sólo puede estar en el razonamiento y la mente intelectual. Es evidente que es a eso a lo que se está refiriendo, por lo que dice el siguiente versículo 23. “Pero veo otra ley en mis miembros, que se rebela contra la ley de mi mente.” Por tanto, mientras que en la mente se deleita de la ley de Dios, hay otra ley en los miembros la cual batalla contra la mente. El resultado es que él es traído a cautividad o a esclavitud de esta ley del pecado que esta en sus miembros.

Note bien, que la ley del pecado no es la carne

en sí misma, sino, que se trata de algo que reside en esa carne. Previamente en el versículo 17 Pablo declara que, “De manera que ya no soy yo quien hace aquello, sino el pecado que mora en mí.” Aquí la misma idea de “morar en,” se expresa con las palabras, “que mora en mí.”

Esta “ley del pecado” en los miembros no es la carne ni la sangre de la naturaleza humana de la persona, sino, que es algo más, lo cual reside en la carne y la gobierna contra la voluntad de la mente educada y razonable. Es obvio que esto es así por lo que dicen otros pasajes de las Escrituras: “Os daré un corazón nuevo, y pondré un espíritu nuevo dentro de vosotros; y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne” *Ezequiel* 36:26.

Lo que Pablo llama “la ley del pecado” en *Romanos*, aquí, en *Ezequiel*, se le llama, “el corazón de piedra.” En *Romanos* siete, se dice que reside en la carne, mientras que en *Ezequiel*, la promesa es que será expulsado de la carne. Será quitado y separado de la carne. Cuando “el corazón de piedra” sea echado fuera y separado, la carne todavía permanece ahí, porque la carne en sí misma no es echada ni separada de él, pero hay algo que es echado fuera y separado de la carne. Debe quedar bien claro que existen las tres entidades. Está la mente, está la carne, y está la ley del pecado o el corazón de piedra el cual habita en la carne y la gobierna de acuerdo a su voluntad y contra la voluntad de la mente.

En *Romanos* 8:7, se hace referencia a esta misma tercera entidad, con el nombre de: la mente carnal, en estas palabras: “Por cuanto los desig-nios de la carne son enemistad contra Dios; porque no se sujetan a la ley de Dios, ni tampoco pueden.”

Este texto probablemente es una de las prue-bas más fuertes de que existe esta tercera enti-dad en el individuo. Considere muy cuidadosa-mente lo que se dice en este versículo, lo cual no puede ser, a su vez, aplicado a la carne o a la na-turaleza humana. En primera instancia, mien-tras que es enteramente posible que la carne caí-da y pecaminosa del hombre sea un instrumento de justicia, estando sujeta a la ley de Dios, por otro lado, es imposible que la mente carnal logre este objetivo.

La mente carnal no simplemente está en ene-mistad contra Dios, sino que es enemistad. Su misma constitución, su misma naturaleza, lo que ella es, es en sí misma enemistada contra Dios. Si ella simplemente estuviera en enemistad, enton-ces podría ser reconciliada con Dios. Pero por cuanto ella misma es la enemistad, entonces nun-ca puede reconciliarse con Dios, y no puede suje-tarse a la ley de Dios. Esto es imposible.

Pero la carne puede. En realidad, en *Romanos* 6:13, Pablo hace un llamado a la persona conver-tida a presentar “vuestros miembros a Dios como instrumentos de justicia.”

De manera que tenemos una naturaleza o po-

der en el ser humano que está en enemistad contra Dios y no puede servirle, y tenemos otro poder, es decir, la carne, que sí puede. Por lo tanto, ellos no pueden ser una y la misma cosa. Deben ser dos cosas diferentes, porque una cosa no podría estar en una posición donde fuera imposible servir a la ley, y al mismo tiempo, ser usada como instrumento de servicio a la ley. Esto es imposible.

La mente carnal es la ley del pecado, el corazón de piedra y el poder del pecado, que gobierna la vida del individuo contra la voluntad de la mente. No es que la carne sea el amo de la mente. Por el contrario, la carne está sujeta a otro poder al cual se halla compelida a obedecer durante todo el tiempo que este poder permanezca en control.

Pablo resume todo el problema muy hermosamente en el último versículo de *Romanos* siete cuando dice: "Así que, con la mente yo sirvo a la ley de Dios, más con la carne a la ley del pecado." Queda claro entonces que hay dos poderes obrando en la vida del hombre de *Romanos* siete. Uno es el gran Maestro de toda la verdad, al cual la mente es dedicada en servicio, el otro es la ley del pecado del cual la carne es esclava. De este modo la mente y la carne están en servicio a dos poderes diferentes, y es por esta razón que la carne no hace aquello que la mente le ordena que haga. Ella está sujeta a otro amo, que es un enemigo despótico y mortal de la ley de Dios.

Hemos llegado ahora al corazón del problema, el

cual consiste en que lo que hacemos es solamente el fruto de lo que somos. Es exactamente como Jesús dice: “No es buen árbol el que da malos frutos, ni árbol malo el que da buen fruto, porque cada árbol se conoce por su fruto; pues no se cosechan higos de los espinos, ni de las zarzas se vendimian uvas. El hombre bueno, del buen tesoro de su corazón saca lo bueno; y el hombre malo, del mal tesoro de su corazón saca lo malo; porque de la abundancia del corazón habla la boca” *Lucas 6:43-45*.

Aquí la referencia de Cristo es en cuanto a la ley de la naturaleza que nunca ha sido quebrantada y con la cual aun el niño es familiar. Este es un principio enteramente confiable. Se trata de que si usted desea tener buen fruto, tiene primero que todo tener un buen árbol—es decir, el tipo de árbol indicado. Entonces, habiendo remitido la mente a lo familiar y a los principios probados de antaño, como está revelado en la naturaleza, el Salvador declara que así como es en lo natural, así también es en el mundo espiritual. El mismo principio ha de ser hallado aquí. Por lo tanto, si deseamos tener una vida llena de buenas obras, entonces, primero que todo tenemos que ser buenas personas.

---

*Página Opuesta:*

*“¿Acaso se recogen uvas de los espinos? Así, todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos.” Mateo 7:16,17.*



Pero nadie puede ser una persona buena, mientras tiene todavía la mente carnal y el corazón de piedra. Tener ese poder y mala naturaleza dentro de nosotros, es ser una persona mala, y como tal llevar frutos malos en lugar de buenos.

Entonces este es el problema. No es la mente, porque ya vimos que ella está convertida al servicio a Dios y a las verdades de la palabra de Dios. No es la naturaleza de carne humana, pues ésta está en esclavitud a otro poder, al poder de la ley del pecado que reside en los miembros y los controla contra la voluntad.

Esto no quiere decir que la mente y la carne no pueden ser un problema. Ellos pueden, pero no son el problema una vez que la persona ha sido traída a la experiencia de *Romanos* siete. Él ha llegado allí, porque ha visto la belleza de la verdad y se ha convertido a ella. Su carne no es el problema, puesto que está en esclavitud de otro poder, de modo que hasta que sea liberado de aquel poder, no es posible escapar del dominio del pecado y hacer aquello que la mente le ordena que haga.

La ley del pecado en los miembros es el problema. Ésta es la raíz, la causa principal y la fuente fundamental de la dificultad. Si este es el problema, entonces obviamente es aquí donde tiene que ser aplicada la solución. Por lo tanto, a este punto procederemos a buscar y a entender cómo ha de ser aplicada esa solución.

## *Parte 2*

# *La Solución*

Ahora que se ha separado el problema real, lo que sigue entonces, tiene que ver con la manera de tratar este asunto satisfactoriamente.

Desde el mismo principio se ha enfatizado que no debe hacerse ningún intento de obligar a la mente carnal para que sirva a la ley de Dios, pues, se estaría intentando lo imposible. Basta con que recordemos las palabras de Jesús cuando dio la ilustración del espino, para saber que ninguna compulsión resultará jamás provechosa en el esfuerzo de producir buenos frutos de un corazón malo. Considere el espino. Por su misma naturaleza está en enemistad con la ley que hace que un árbol produzca manzanas. Si una persona encontrare en su jardín un espino, se dará cuenta que todo esfuerzo en el cultivo, tales como irrigación, fertilización, podaduras, y cuidados podrá alguna vez producir tan siquiera una manzana de ese árbol. Se sabe que esto no puede ser.

Ojalá que la persona que está buscando la victoria sobre el pecado pueda convencerse hasta lo sumo de que no importa cuanto esfuerzo haga; con cuanta intensidad estudie la palabra de Dios; con cuánta frecuencia acuda a la iglesia; cuán activo

sea en la obra misionera, ni cuán devota sea en sus oraciones o en su manera generosa de ofrendar, porque esto en modo alguno va a causar que la mente carnal produzca los frutos del Espíritu. Esta no es la manera, porque la mente carnal. . . “no está sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.” Esto es tan seguro, como que el espinoso no está sujeto a la ley de producir manzanas, ni tampoco puede.

Por lo tanto, cualquier persona que, aún retenga la mente carnal, intentando guardar la ley de Dios para producir los frutos activos del Espíritu, dicha persona está intentando una imposibilidad absoluta. No es, sino hasta que la mente carnal sea tratada de modo que su poder quede destruido, que la persona podrá comenzar a guardar la ley de Dios. El hacha tiene que estar puesta en la raíz del árbol. No hay otra manera.

Luego están en el mundo religioso de hoy, los que piensan que la solución del problema queda resuelto poniendo fin a la ley. Un análisis cuidadoso mostrará que esto no puede ser. Un hombre ignorante pensó poner fin al problema del calor rompiendo el termómetro, pero cuando él lo hubo hecho el problema del calor no cambió en lo más mínimo. El problema aún permanecía allí. Un calor implacable e incambiable. Lo que perdió fue un medio seguro que lo ayudara a determinar cuán caliente estaba en verdad.

Asimismo, si se invalida la ley, en cuanto al pecado no hará diferencia alguna. El pecado todavía está

ahí. Lo que habrá sucedido es que ahora el hombre se encuentra desprovisto de un indicador seguro que lo capacite a conocer lo que es el pecado.

Esta verdad está muy bien delineada en la primera parte de *Romanos* siete, en la ilustración del matrimonio. Aquí se demuestra claramente que no hay necesidad de cambiar la ley. Ésta es perfecta y no necesita ser cambiada. Lo que necesita ser cambiado es el individuo porque es allí en donde radica el problema.

“¿Acaso, ignoráis hermanos, (pues hablo con los que conocen la ley,) que la ley se enseñorea del hombre entre tanto que éste vive? Porque la casada está sujeta a la ley del marido mientras éste vive; pero si el marido muere, ella queda libre de la ley del marido. Así que, si en vida del marido se uniere a otro varón, será llamada adúltera; pero si el marido muriere es libre de esa ley, de tal manera que si se uniere a otro marido, no será adúltera” *Romanos* 7:1-3.

La situación aquí es una con la cual todos están familiarizados, en la medida en que todos entiendan la ley del matrimonio. Cuando la mujer es legalmente casada con su esposo, la ley condena como adulterio cualquier intento que ella haga de casarse con otro hombre. Pero una vez que el esposo esté muerto, entonces la misma ley que anteriormente la condenaba para casarse con otro, ahora lo permite. Un cambio ha tenido lugar, pero no ha sido en la ley. Este cambio se ha operado en

la mujer. Ella ha cambiado, de mujer casada, a una mujer soltera.

Lo mismo sucede en el reino espiritual. En realidad, Pablo no está aquí haciendo una disertación en materia matrimonial, sino que ha usado la ley del matrimonio como una ilustración del matrimonio espiritual con Cristo.

“Así también vosotros, hermanos míos, habéis muerto a la ley mediante el cuerpo de Cristo, para que seáis de otro, del que resucitó de los muertos, a fin de que llevemos frutos para Dios” *Romanos 7:4*.

No existe la más mínima insinuación en este versículo de algún cambio hecho en la ley, pero hay una clara referencia de que se ha operado un cambio. Éste ha de ser hecho en el individuo. El debe morir, a fin de que pueda casarse con otro, con Cristo, porque Él es el único que se levantó de los muertos.

Todo el propósito de la obra de Jesús es salvar del pecado, como está escrito: “Y llamarás su nombre Jesús, porque él salvará a su pueblo de sus pecados” *Mateo 1:21*.

Ser salvo del pecado es ser salvo de la transgresión de la ley, porque el pecado es transgresión de la ley como está escrito: “pues el pecado es transgresión de la ley” *Juan 3:4*. Transgredir la ley es desobediencia. Por lo tanto, ser salvo de la transgresión de la ley, es ser salvo en obediencia.

Es claro, entonces, que ni haciendo un supremo esfuerzo en el ejercicio de la voluntad, ni poniendo fin a la ley, constituyen la solución del problema.

Luego de haber analizado lo que no es la solución, vayamos ahora a lo que es la solución en verdad. La solución yace en la erradicación de la vieja naturaleza, y su correspondiente reemplazo por una nueva. No hay nada más claro que esto, enseñado en las Escrituras. Considere la claridad de este versículo como una afirmación de lo que venimos diciendo.

“Y les daré un corazón, y un espíritu nuevo pondré dentro de ellos; y quitaré el corazón de piedra de en medio de su carne, y les daré un corazón de carne, para que anden en mis ordenanzas, y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios” *Ezequiel* 11:19, 20.

En un lenguaje tan claro como éste, el Señor declara que Él quitará el corazón pecaminoso de nuestra carne, y nos dará un nuevo corazón en su lugar. El no dice que nos dará un nuevo corazón junto con el viejo. Este no es el mensaje de este versículo. Note muy cuidadosamente que Él declara que el viejo corazón será quitado de su carne y un nuevo espíritu y un nuevo corazón tomará el lugar del viejo.

Todo esto se hace con un propósito. Esto se hace para lograr ciertos resultados. Se hace “para que (con la intención o propósito) anden en mis ordenanzas y guarden mis decretos y los cumplan, y me sean por pueblo, y yo sea a ellos por Dios.”

Cuán claramente vimos que en *Romanos* siete,

la misma razón por la que el dedicado siervo de Dios no podía hacer lo que deseaba, se debía a que tenía la vieja mente carnal en él, gobernándolo como un amo. Se ha enfatizado que la presencia de este poder, es el problema para este hombre. Ahora ha de ser visto que el Señor sabe que este es el problema, y que la única solución al problema consiste en eliminar al infractor y en su lugar colocar un corazón completamente nuevo.

Al volver a la ilustración de Cristo con relación al espino, hallamos la misma respuesta aquí. En el jardín, el espino permanece verde y floreciente, pero inútil como árbol productor. Está plantado en la vera del camino, ocupando buena tierra y haciendo pedazos el vestido de todos los que le pasan cerca. Por tanto, el jardinero tiene un problema. Él desea tener buen fruto, tales como manzanas o naranjas, pero tiene un espino. Sabe que la única solución es arrancarlo de su lugar y reemplazarlo por un árbol bueno. Sabe que a su debido tiempo obtendrá buen fruto por la simple razón de que ahora tiene un árbol bueno.

Por tanto, asimismo, el hombre de *Romanos* siete desea producir las buenas obras de la ley en la forma de los frutos del Espíritu, los cuales son: amor, gozo, paz, etc. Pero tiene una mala naturaleza dentro de él que es la fuente no de la obediencia de amor, sino de odio, orgullo, celos y cosas semejantes. Su apuro es el mismo que el del jardinero con el espino, y la solución es la misma. Esa mala natura-



*No es suficiente cortar el árbol malo.  
El hacha tiene que estar en la misma raíz del  
árbol. De otra manera el árbol retoñaría de nuevo.*

leza tiene que ser desarraigada del cuerpo humano hecho del polvo de la tierra y reemplazada por una naturaleza nacida de lo alto. Sólo así él puede ser

un hijo de Dios; sólo así puede producir los buenos frutos del Espíritu.

Esta verdad se haya establecida repetidas veces en las Escrituras, de modo que los repetidos testimonios de ella no dejarán duda en la mente de nadie con respecto al camino de la liberación del terrible problema del pecado. “Porque la ley de vida en Cristo Jesús me ha librado de la ley del pecado y de la muerte. Porque lo que era imposible para la ley, por cuanto era débil por la carne, Dios enviando a su Hijo en semejanza de carne de pecado y a causa del pecado, condenó al pecado en la carne; para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu” *Romanos 8:2-4*.

Dios envió a su Hijo al mundo para condenar al pecado en la carne. Se necesita reconocer aquí una distinción muy importante. Las acciones del pecado pueden bien ser limitadas al pecado de la carne, mientras el poder interior del corazón de piedra o de la mente carnal, es el pecado en la carne. Ahora note que Jesús no vino a hacer un trabajo superficial de condenar meramente el pecado en la carne. El vino para condenar el pecado que está en la carne, y que como tal es la misma raíz del problema y la causa de la continua derrota experimentada por todos los que todavía poseen este poder maligno en el interior.

¿Por qué vino Él a condenar el pecado en la carne? Fue una vez que el pecado había sido conde-

nado, “para que la justicia de la ley se cumpliera en nosotros, que no andamos conforme a la carne, sino conforme al Espíritu.”

Una y otra vez el mensaje es el mismo. Lo viejo es condenado, es erradicado y es removido, de modo que un cierto objetivo pueda cumplirse. Ese propósito es que podamos ser puestos donde seamos capaces de vivir la vida de justicia de Dios, por medio de Jesucristo, nuestro Señor.

Cuando Cristo vino y efectuó la condenación del pecado en la carne, ¿A qué lo condenó? ¿Lo condenó para ser colocado bajo sujeción y control? ¿Lo condenó al destierro? ¿Lo condenó simplemente como una manifestación de desaprobación? El no lo condenó a ninguna de estas cosas. Él lo condenó a la muerte, a una muerte que se hizo efectiva como resultado de su muerte y resurrección.

En ninguna otra parte es declarada más nítidamente esta verdad, que en *Romanos* 6:1-6.

“¿Qué, pues, diremos? ¿Perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera. Porque los que hemos muerto al pecado, ¿cómo viviremos aún en él? ¿O no sabemos que todos los que hemos sido bautizados en Cristo Jesús, hemos sido bautizados en su muerte? Porque somos sepultados juntamente con Él para muerte por el bautismo, a fin de que como Cristo resucitó de los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros andemos en vida nueva. Porque si fuimos sepultados juntamente con Él en la semejanza de

su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección; sabiendo esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el cuerpo del pecado sea destruido, a fin de que no sirvamos más al pecado.”

El versículo 6 es el punto culminante del argumento contenido en estos versículos. Mientras los primeros versículos han dejado bien claro que los que están en Cristo Jesús, y son, por lo tanto, verdaderos hijos de Dios, que tienen justificación y por consiguiente tienen un título en el reino de arriba, han muerto y han sido levantados, como Él murió y fue levantado, este versículo específicamente dice lo que ha muerto.

Pero antes que la atención vuelva a lo que tiene que ser muerto y antes que seamos libres del pecado, permitamos que sea vista la fuerza del mensaje de los versículos anteriores. El mensaje aquí, es que solamente los que han muerto pueden vivir. Otra manera de decir esto es que el viejo hombre tiene que salir primero, antes que el nuevo pueda entrar. La muerte siempre destierra lo viejo; la resurrección trae lo nuevo.

En los términos más fuertes de este pasaje, esta verdad queda expresada en el versículo 5, “Porque si fuimos plantados juntamente con Él en la semejanza de su muerte, así también lo seremos en la de su resurrección.”

La primera parte de este texto es una cláusula condicional. “Porque si fuimos plantados junta-

mente con Él en la semejanza de su muerte. . .” Esto expresa la gran verdad de que a menos que esta condición sea cumplida el resto no puede continuar, porque solamente los que han muerto con Cristo pueden volver a vivir con Él. Es decir, únicamente cuando lo viejo ha sido desterrado puede entrar lo nuevo. Primero, tiene que ser erradicado el espino, antes que el manzano tome su lugar. Ellos no pueden desarrollarse y crecer en el mismo sitio.

Ahora, ¿qué es lo que Pablo está diciendo en estos versículos? ¿Está solamente pronunciando a grandes voces insignificantes retóricas o son esas palabras reales, de experiencias reales? Cuando él declara que tenemos que morir en Cristo, ¿qué quiere decir con esto? ¿Tenemos que morir verdaderamente o es sólo un cambio en las actitudes mentales o algo parecido?

Lo que hace más difícil que la gente crea que se trata de una muerte real, es el fracaso en distinguir entre carne pecaminosa y la mente carnal pecaminosa, a la que se le dan también otros nombres, tales como el corazón de piedra, el antiguo esposo y el amo de pecado. Debido a que la persona común y corriente piensa de la naturaleza pecaminosa como siendo la carne y debido a que sabemos que la persona no termina su vida terrenal para nacer otra vez, se asume la posición de que sólo se trata de una muerte ficción. Se imaginan que ha de ser algo que simplemente es atribuido y

contado a la persona, pero realmente en la vida de Cristo.

Ahora es enteramente cierto que la persona que deja atrás la experiencia de *Romanos* siete y llega a ser un verdadero hijo resucitado de Dios, no muere físicamente. Él tiene la misma carne y sangre de un hombre convertido, como la tenía cuando estaba en el mundo de pecado. No ha habido ninguna muerte ni cambio allí. La carne pecaminosa es carne mortal. Nadie será liberado hasta la grandiosa mañana de la resurrección cuando Cristo descienda para llevar a Su pueblo a su hogar celestial.

Pero él muere, porque si no muere, entonces él no puede estar en Cristo. ¿Qué es lo que entonces muere? La respuesta está en el versículo 6, “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, . . .” Aquí hay algo indicado, “nuestro viejo hombre.”

¿Qué significa esta expresión? ¿Quién o qué es el viejo hombre? Para estar seguros de que entendemos, la siguiente parte del versículo nos dice que el viejo hombre está crucificado. “Para que el cuerpo de pecado sea destruido. . .” Pablo podría haber escrito lo siguiente: “Sabido esto, que nuestro viejo hombre fue crucificado juntamente con Él, para que el viejo hombre pueda ser destruido. . .” Pero en lugar de usar el término, “nuestro viejo hombre” la segunda vez él usa otro nombre, “el cuerpo del pecado”. Así tenemos ayuda para co-

nocer que el “viejo hombre” y el “cuerpo del pecado” son una misma cosa.

En *Romanos 7:24* es llamado “el cuerpo de muerte”, lo cual es también otra manera de expresión, que en el mismo capítulo él había llamado antes “la ley del pecado”. Del estudio ya dado en esta publicación, ahora sabemos que “el viejo hombre”, “el cuerpo del pecado”, “el cuerpo de muerte” y “la ley del pecado”, todo se refiere al tercer factor, la mente carnal, la cual “no se sujeta a la ley de Dios, ni tampoco puede.”

Esto es lo que es crucificado a muerte en la vida de los que siendo inconversos pasan a ser conversos. Esto es lo que debe desaparecer mediante la muerte, de modo que una nueva vida pueda ser resucitada en lugar de la antigua.

No se acepte ningún malentendido en cuanto al hecho de que esta ha de ser una muerte real. Crucifixión no es destierro. No es simplemente ser puesto en prisión, encarcelado por toda la vida. No es estar encadenado o puesto bajo control. Crucifixión es una forma de muerte. Su propósito es morir, y los que crucifican no están satisfechos hasta que logren este resultado.

Por lo tanto, cuando Pablo dice que el viejo hombre es crucificado, quiere decir que es puesto a muerte. Para estar seguros de que este significado es comprendido por el lector, él dice que está crucificado, de modo que el cuerpo del pecado sea destruido. Cuando algo es destruido, entonces

simplemente deja de existir. Cesa la historia de su vida y no existe más.

En cada uno de los otros textos e ilustraciones, vimos, que este trabajo ha sido realizado con un propósito definido. Se hace para que la persona pueda pasar de la desobediencia a la obediencia, para que pueda dejar a un lado las quejas de que no puede hacer lo que desea hacer para obtener la justicia de la ley cumplida en su vida. Por tanto, en este versículo el viejo hombre es crucificado y el cuerpo de pecado es destruido, “a fin de que no sirvamos más al pecado.”

La naturaleza ilustra maravillosamente la verdad del evangelio. La verdad de este versículo será vista en su grandioso poder si sustituimos la situación del espino por la del viejo hombre, y entonces leemos el versículo como si se aplicara al jardinero quien desea obtener buen fruto pero que tiene en su lugar un espino. Él lo arranca y lo reemplaza por la semilla del manzano. Entonces dice:

“Sabido esto que el antiguo árbol ha sido desarraigado para que el espino fuera destruido, a fin de que de ahora en adelante no produzca más espinas.” Nadie tendrá la mínima dificultad en ver estos principios operando en la naturaleza. Vea los mismos principios de operación en el mundo espiritual, y la comprensión será igualmente clara con respecto a la obra de purificación como un elemento preliminar a la victoria sobre el problema del pecado.

## La Liberación

Hasta aquí, se ha dedicado suficiente espacio al estudio de este problema. De este estudio ha de ser claro que hacemos lo que hacemos, no a causa de la debilidad o poder de la voluntad, sino debido a lo que somos. Mientras la ley del pecado y de la muerte se mantenga internamente en nosotros, tendremos la fuerza del mal, la cual tomará control del instrumento humano de carne y sangre y lo usará conforme a la voluntad del amo del pecado, sin respetar el conocimiento, los deseos o la conciencia de la mente.

Por lo tanto, para ser liberados de este poder, el individuo tiene que haberlo erradicado, y una nueva vida será puesta en su lugar. No hay otro camino de entrada a la experiencia del nuevo nacimiento. No hay otro camino para pasar de la esclavitud de *Romanos* siete a la libertad de *Romanos* ocho.

Mientras que es de vital importancia la necesidad de comprender este problema para adquirir la liberación, sin embargo, tiene que ser aún contestada la pregunta en cuanto a cómo pasar de la esclavitud a la libertad.

Yo recuerdo muy bien cuando presenté este estudio por primera vez a una familia. Muy cuidadosamente le expliqué el problema justamente como lo hemos hecho hasta aquí en esta publicación. En esta fase completa del estudio, hicimos una pausa para tomar un descanso.

La esposa dijo: “sabe usted, nosotros oímos un

sermón justamente igual a éste, unas pocas semanas atrás.”

“Verdad que sí” dijo el esposo. “El predicador extendió el problema mucho más de lo que usted lo ha hecho aquí. Lo escuché cuidadosamente porque deseaba entender el problema y su solución. Yo sabía que me hallaba en *Romanos* siete y deseaba liberación. Pero cuando el predicador hubo terminado de exponer el problema, se sentó. En mi deseo de conocer la respuesta que no la había presentado, me levanté y dije, “pastor Usted nos ha dado a conocer el problema. Ahora, por favor, díganos la solución. Díganos cómo podemos ser liberados de ese poder.”

“En ese momento el pastor se puso en pie y dijo muy tristemente, “perdone. Yo no puedo decirle cuál es la solución, porque todavía no he encontrado la respuesta para mí mismo.’ Tal fue mi desilusión que no pude decir nada más, y volví a sentarme, desanimado.”

Por un momento el hombre permaneció sentado pensando en la experiencia pasada. Entonces volviéndose me dijo: “¿Va usted también a traernos el problema y a dejarnos sin la solución?”

Fui muy feliz al poder decirle que habíamos pausado por un momento y que la solución estaba para continuar en muy claros términos. Por tanto en esta publicación no lo dejaremos a usted con el problema solamente. Nosotros presentaremos la solución en términos muy claros.

El evangelio es la solución. Es el poder de Dios para salvación del pecado.

Usted bien puede preguntar, entonces, por qué no ha sido salvo del pecado, si el evangelio es en sí mismo el poder de Dios para efectuar esta liberación. La respuesta es que el evangelio no es el poder de Dios para salvación de todos.

Leamos en *Romanos* 1:16, y cuidadosamente veremos esto. Allí ha de ser visto que Pablo no dijo: “porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de Dios para salvación de todos.” Aunque Pablo usó estas palabras en este exacto orden como aparecen escritas, no dijo lo que esas palabras dicen, si nos detenemos en este punto. Lo que él dijo es que el evangelio es el poder de Dios para salvación a todo aquél “que cree.” Esto marca toda la diferencia en el mundo. Para el incrédulo el evangelio consiste no más que en bellas palabras, pero para el creyente, es el poder de Dios para salvación del pecado.

El apóstol Juan declara la misma verdad en las palabras; “Esta es la victoria que vence al mundo, nuestra fe” *1 Juan* 5:4.

Si uno preguntara al cristiano común y corriente de hoy; “¿tiene usted fe?” Uno recibiría la respuesta inmediata que él se siente seguro de que tiene fe. En un sentido la respuesta es correcta, porque la persona tiene fe en la Biblia como la palabra de Dios. Él tiene fe en Dios que es el Ser supremo. El debe creer que el pecado



*“Y dije: Hasta aquí llegarás, y no pasarás adelante, y ahí parará el orgullo de tus olas.” Job 38:11. De esta misma forma, Dios ha puesto límites al pecado a través de Su palabra. Él ha prometido una vida de completa victoria.*

recibirá su castigo y que sólo en Jesús puede ser hallada la salvación.

Pero uno puede tener fe en todas estas cosas y sin embargo no tener fe en el evangelio como el poder viviente de Dios para salvación del pecado. Es cierto decir que cualquiera que ya está en la experiencia de *Romanos* siete, no tiene la fe que es la victoria que vence al mundo. Fe no sólo trae la victoria. Ella es la victoria. Por lo tanto, si Usted tiene la fe de la cual Pablo habla en *Romanos* y *Juan* en su epístola, entonces no está en la experiencia de *Romanos* siete, sino en la liberación de *Romanos* ocho.

Fue de esta fe que habló Jesús cuando dijo: “Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?” *Lucas* 18:8. Esta clase de fe que trae liberación del pecado no es poseída comúnmente por el mundo de hoy. Jesús sabía que esto sería así, y es por esta razón que Él formuló la pregunta, la cual, daba a entender que no esperaba encontrar mucho de esa fe cuando viniera.

Sin embargo sin fe, la victoria es imposible. Por lo tanto, cómo ejercer esta fe, es la tarea que tenemos por delante. Vayamos a la historia del oficial del rey que vino a Jesús desde Capernaúm para rogarle que sanara a su hijo.

“Vino, pues, Jesús otra vez a Caná de Galilea, donde había convertido el agua en vino. Y había en Capernaúm un oficial del rey cuyo hijo estaba enfermo. Este, cuando oyó que Jesús había llegado de

Judea a Galilea, vino a Él y le rogó que descendiese y sanase a su hijo, que estaba a punto de morir. Entonces Jesús le dijo: Si no vieres señales y prodigios, no creeréis. El oficial del rey le dijo: Señor desciende antes que mi hijo muera. Jesús le dijo: Ve, tu hijo vive. Y el hombre creyó la palabra que Jesús le dijo, y se fue. Cuando ya él descendía, sus siervos salieron a recibirle, y le dieron nuevas, diciendo: Tu hijo vive. Entonces él les preguntó a que hora había comenzado a estar mejor. Y le dijeron: Ayer a las siete le dejó la fiebre. El padre entonces entendió que aquella era la hora en que Jesús le había dicho: Tu hijo vive; y creyó él con toda su casa. Esta segunda señal hizo Jesús, cuando fue de Judea a Galilea” *Juan 4:46-54*.

Lo que este hombre buscaba era curación física para su hijo quien estaba tan enfermo que no se esperaba que viviera más que unas pocas horas. Obviamente los médicos terrenales lo habían declarado como desahuciado para que muriera, habiendo hecho todo lo que pudieron hacer para salvarlo.

Mientras esto es una historia concerniente al ejercicio de la fe con respecto a la curación física, hay lecciones de directo valor para nosotros con respecto a la curación de las enfermedades espirituales. En realidad, el profundo propósito de la obra de Cristo en la curación de las enfermedades físicas, fue enseñar su poder y el camino para recibir liberación de las enfermedades espirituales.

Si solamente miramos a Cristo como alguien que tiene poder para sanar la lepra, la parálisis, etc., entonces habremos fracasado al leer el mensaje real de su ministerio salvador. En la palabra de Dios, la enfermedad es un símbolo del pecado. Véase a *Isaías* 1:4-6. Además, es un símbolo muy apropiado y adecuado del pecado.

Compare lo que ya hemos estudiado acerca del problema del pecado, con el problema de la enfermedad. El hombre enfermo tiene una mente y tiene un cuerpo. En esa mente él desea hacer ciertas cosas, pero la enfermedad es un poder que reside en su carne y la controla, de modo que no puede hacer las cosas que quisiera hacer. Hasta que la enfermedad haya sido destruida, no tiene la esperanza de hacer las cosas que deseaba hacer. ¿Qué cuadro más perfecto podría uno conseguir para ilustrar la triple naturaleza del problema del pecado, que este problema de la enfermedad? Difícilmente podría haber otro.

Así, entonces, como el oficial del rey que viajó desde Capernaúm hasta Caná para buscar la ayuda de Cristo, iba buscando una solución para un problema que es idéntico al problema del pecado. Él necesitaba erradicar la enfermedad dominante del mismo cuerpo del muchacho, justamente como nosotros necesitamos quitar el esclavizador del pecado de nuestros mismos cuerpos.

Sin vacilar fue ante la única Persona que podía ayudarlo, y esa persona era Jesús. Él iba buscando

aquello que el Señor deseaba que él tuviera. Por lo tanto, fue en búsqueda de la persona real por algo real. Pero Jesús rehusó honrar su petición. Este rechazo no fue porque Cristo eligiera hacerlo de esa manera o porque el hombre no estuviera en los favores de Dios. Cristo no lo aceptó, porque la forma del oficial venir a Él, hizo imposible que Cristo sanara a su hijo.

Cuántas veces nos hemos arrodillado en oración pidiendo perdón por un pecado rogando al Señor que nos dé la victoria sobre una tentación y sin embargo, descubrir a la postre, que el pecado sigue allí como si nunca hubiéramos orado. Nos hemos ido por nuestro camino confundidos y perplejos por esto, incapaces de entender por qué el Señor no contestó nuestras oraciones. De igual manera este hombre se hubiera ido por su camino, tan sólo para hallar a un hijo muerto en el hogar, si no hubiera visto el error de la forma en cómo se había presentado a Cristo y revisado la forma de hacerlo, conforme a la verdadera ciencia de la oración. Su oración fue oída y contestada, cuando el vino creyendo.

Jesús no dejó ir a este hombre en ignorancia en cuanto a la falta de su fe. Él le dijo tristemente: “si no viereis señales y prodigios, no creeréis” *Juan 4:8*. Decirle a este hombre “no creeréis,” es decirle en el lenguaje más llano, usted no cree aún; usted es un incrédulo.

No debe ser pasado por alto el hecho de que este

hombre sabía que tenía una gran necesidad. Usted también sabe esto. Él sabía que ningún poder terrenal podía sanar a su hijo. De igual modo usted sabe que ningún poder sobre la tierra puede salvarlo del pecado. Este hombre fue a Cristo con su petición. Por lo tanto, también, usted ha venido a Cristo suplicándole que lo salve de sus pecados. Este hombre oró a Cristo, porque hacer una petición a Cristo, es orar. Por tanto usted también ha orado a Cristo muchas veces.

Sin embargo Cristo le dijo en términos claros que, a pesar de todo, él era un incrédulo. Cristo, bajo las circunstancias del momento, no podía hacer nada por él.

Es decir, que habiendo hecho todo lo que usted ha hecho para adquirir la victoria sobre su pecado, si todavía se halla en *Romanos* siete, entonces es un incrédulo también. Si es un incrédulo, entonces necesita entender el camino de la fe, la fe que obra por amor y purifica el alma.

¿Cómo vino este hombre a Cristo? Las palabras de Cristo nos revelan eso. “Si no viereis señales y prodigios, no creeréis.” En otras palabras, el hombre vino a Jesús con una petición. Él hizo su solicitud ante Él. Entonces esperó ver si Jesús podía cumplir su petición. Si Él podía hacerlo, entonces se convertiría en un creyente de Cristo.

Este no es el camino de la fe salvadora, y jamás puede ser este el camino de la fe salvadora. Con todo, si cada uno de nosotros, con la mayor

franqueza, revisara la forma en la cual hemos venido a Dios en oración, entonces descubriríamos que hemos venido justamente como el oficial del rey lo hizo. Hemos venido al Señor y le hemos pedido que nos bendiga. Luego nos hemos ido en espera de que la bendición se derrame antes de que estemos preparados para creer que tenemos el don que ha sido prometido. De hecho, se puede decir con toda seguridad que si el Señor nos otorgara la bendición que hemos pedido, mas bien nos sorprenderíamos al verla llegar.

El gran momento de la verdad llegó para el oficial como puede llegar para nosotros si estamos en la experiencia de la fe salvadora. Cuando el Salvador nos habla palabras de reproche, entonces el Espíritu de Dios como Uno que convence de pecado, lleva esas palabras a lo profundo de la conciencia para revelarnos los defectos del carácter. Por consiguiente, las palabras de Cristo fueron suficientes bajo el ministerio del Espíritu para revelar al hombre la clase de incredulidad que plagó su corazón. En cuanto él viera lo que el Salvador tenía que mostrarle, tuvo que haber aceptado el reproche. Debió haberse aferrado al poder que vio revelado en la vida de Cristo, su fe tuvo que asirse de ese poder, porque la reacción del Salvador ante la siguiente oración que el oficial hiciera, fue diferente de la primera.

El hombre suplicó a Jesús con estas palabras: "Señor, desciende antes que mi hijo muera."

Hay una diferencia en esta oración. No es posible discernir la diferencia en sí, en los términos de la oración, pero por el proceder divino, sabemos que hay una diferencia. La primera oración sólo trajo una triste reprensión, la segunda trajo la liberación. ¿Cuál es la diferencia? La diferencia ahora consiste en que el hombre es un creyente. Sabemos esto, porque así lo dice La Escritura: “y el hombre creyó las palabras que Jesús le dijo, y se fue.”

Caná no estaba a gran distancia de Capernaúm. No era más que veinticinco kilómetros de distancia. Cristo habló con el padre del muchacho a la séptima hora, lo cual es cerca de una hora después del mediodía, de modo que el padre podía muy fácilmente haber caminado al hogar esa misma tarde. Pero él no quiso hacerlo. Pero así lo habría hecho, si hubiera necesitado ver con sus propios ojos que el muchacho en verdad estaba sano.

Él sabía que el muchacho estaba bien. Cuando llegó al hogar al día siguiente, los siervos le dijeron sólo aquello que la fe le había dicho el día anterior. Sin duda que se sorprendieron al ver que él no se sorprendió con el anuncio que les dieron.

Compare ahora la forma tan diferente con que este hombre vino a Cristo. Esta es la comparación de un creyente con un incrédulo. En la segunda ocasión, él vislumbró el poder que reside en Jesús como el Hijo de Dios. Su fe se aferra a ese poder viendo en él la respuesta completa a su necesidad.

El oficial del rey,  
conocía su necesidad,  
vino,  
y pidió



Luego esperó ver

El cumplimiento



Para entonces  
creer

---

Este proceder no le dio buenos resultados. Como él,  
debemos aprender la manera correcta, antes que  
podamos recibir la victoria viviente de la fe.

Debemos  
conocer las promesas,  
creer en ellas,  
venir en pos de él,  
pedir y recibir por fe,  
agradecer a Dios por lo que  
hemos recibido.



Luego emprendemos nuestro camino,  
poseyendo el don por la fe,  
aunque no lo veamos.

El cumplimiento  
vendrá cuando  
más lo  
necesitemos




---

Este es el proceder de la fe viviente.  
Este es el proceder de la ciencia divina de la oración.  
Esto sí traerá resultados.

Entonces pidió el don, se aferra a él por fe, sabe que ya es suyo, y entonces se va por su camino, consciente de que la bendición que ya posee será otorgada cuando él más la necesite.

En esto nos es revelada la fórmula del éxito del camino de la fe.

Primero, debemos tener un conocimiento cabal del problema que afrontamos. ¿Cuán a menudo en el pasado usted ha venido a Dios suplicando perdón por lo que ha hecho sin un reconocimiento real del problema y pidiendo que sea quitada la ley del pecado que está en sus miembros? Ha habido una seria deficiencia en entender que se está tratando realmente con el problema del pecado, una deficiencia que debe ser vencida antes que podamos orar inteligente y exitosamente.

En segundo lugar, hemos de conocer las promesas de Dios hasta que ellas sean no meramente palabras en la Biblia, sino que sean el mismo poder de Dios para nosotros. Para que esto suceda, tienen que ser leídas y estudiadas, hasta que sean absorbidas por nuestro pensamiento hasta el punto en que lleguen a ser parte nuestra.

Aunque con mucha frecuencia me he parado delante de un grupo de profesos cristianos y les he pedido que repitan las grandes promesas de la Biblia de una victoria personal sobre el pecado, he hallado que la gente es incapaz de hacerlo. Para aquellos que desean tener y mantener una victoria personal sobre el problema del pecado,

estas promesas tienen que ser parte del individuo mismo. Ellas deben estar verdaderamente allí, listas para fluir de los labios en respuesta a cualquier ataque del enemigo o a cualquier sugestión de duda al poder de Dios para salvar del pecado.

No intentaríamos hacer tal cosa, como es dar una lista comprensiva de todas las grandes promesas de la Biblia, porque ellas son tan numerosas, como efectivamente poderosas para salvar de la ley del pecado y de la muerte. Cada persona debe indagarlas por sí mismo. Aquí están algunos ejemplos para aquellos que desean comenzar a coleccionar estas cápsulas de poder.

“Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros” *Romanos* 6:14. Lea estas palabras hasta que se dé cuenta que ellas son promesas personales de Dios para usted, de que el pecado no tendrá dominio sobre usted.

“No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” *1 Corintios* 10:13. Como un padre nunca le permite a su hijo afrontar peligros demasiado grandes por su tierna edad, de igual modo el Señor no permite que una tentación venga a usted que sea demasiado fuerte para soportarla. Para toda tentación, Él ha provisto la salida de liberación, de modo que no hay excusa para

ninguna clase de pecado. “Todo lo puedo en Cristo que me fortalece” *Filipenses* 4:13.

De esta forma pudiéramos seguir, pero es mejor que cada persona indague las promesas por sí mismo. Aquí están algunas referencias más. *Mateo* 1:21; *Juan* 8:36; *1 Corintios* 15:35, 57; *2 Corintios* 2:14; *Gálatas* 3:14; *Filipenses* 1:6; *1 Tesalonicenses* 4:3; 5:23, 24; *1 Pedro* 1:5; *2 Pedro* 1:4; y *Judas* 24. En el Antiguo Testamento, *Salmos* 24 y 46 son particularmente promesas de poder para la liberación. Absorba también la fuerza del contenido de *Ezequiel* 11:19, 20; 36:26.

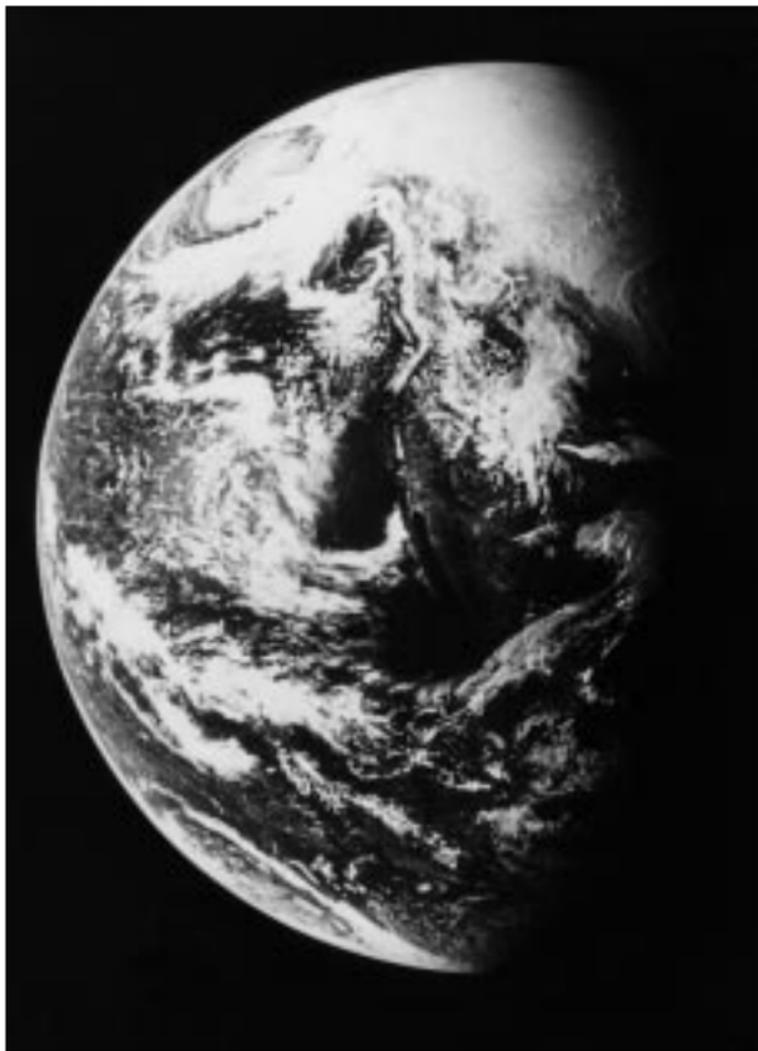
El gran objetivo con el conocimiento de las promesas es edificar la fe, la cual obrará la purificación del alma. Cuanto más sean leídas y estudiadas y hechas propias, tanto más edificarán la fe en la experiencia y llegará al punto culminante en donde usted se hallará echando mano del poder, y experimentando la liberación que sólo ese poder puede traer. Fe no es algo que tenemos por naturaleza. Es algo que no podemos generar en nosotros mismos. Esto es imposible. “Así que la fe es por el oír, y el oír, por la palabra de Dios” *Romanos* 10:17.

Cuando se alcance el tiempo en que esa fe viviente se apoye y crea en las promesas de Dios, entonces habrá llegado la oportunidad de dar el tercer paso. Éste, consiste en venir a Cristo y pedir la bendición. No haga la antigua oración que por mucho tiempo ha fallado en traer el éxito, cuyo patrón

en el pasado responde por ejemplo a esta oración, “Señor, yo he pecado. Por favor perdóname ese pecado y ayúdame para no volverlo a cometer.”

Este tipo de acercamiento a Dios no le ha traído victoria en el pasado, y no se la traerá tampoco en el futuro. Tiene que haber un cambio justamente como el oficial del rey tuvo que cambiar su forma de acercamiento ante Jesús. En cambio, usted tiene ahora que orar en este sentido: “Señor, yo he llegado al punto donde veo que el problema real ha sido hallado en esta naturaleza mala, la cual está en mí. Es “la ley del pecado”, “la ley de la muerte”, “el cuerpo de muerte”, “la mente carnal” y “el corazón de piedra.” Mientras eso esté allí, yo soy un árbol malo y solamente puedo llevar malos frutos porque mi cuerpo está bajo el control de ese poder. Señor, tú has prometido quitar el corazón de piedra y al mismo tiempo darme uno nuevo. Yo creo totalmente que harás esto, y por eso te doy este viejo corazón. Quítalo de mí. No lo necesito más. Entonces, al mismo tiempo, pon uno completamente nuevo en su lugar. Hazme partícipe de tu divina naturaleza. Por la fe, y por lo tanto en hecho, recibo esta bendición y te doy gracias por ello. En el nombre salvador de Jesús. Amen.”

Si la fe viviente ha llegado a ser su posesión, entonces en esta oración usted no esperará ver que llegue la bendición antes de saber que la tiene. Entonces sabrá exactamente allí, en ese momento, que ha sido liberado, que el pecado no tiene más



*Una vista de la tierra desde una nave espacial. El hombre ha hecho una enorme conquista de su medio ambiente, pero la verdadera victoria que necesita obtener, es la conquista de sí mismo.*

dominio sobre usted y que por fin, ha llegado a ser un verdadero hijo de Dios. Resista a todo costo la tendencia humana de desear, esperar, y ver los resultados antes de creer. No espere sentir que ha sido transformado. Créalo, porque la palabra de Dios así lo dice, y muy pronto hallará que es así.

El oficial del rey no esperó ver a su hijo vivo y bien para creer que estaba completamente sano. No necesitó verlo, porque tenía la palabra de Dios por medio de Cristo que así era, y eso fue suficiente. La fe descansa en la palabra de Dios, no en vista ni sentimientos, los cuales cambian fácilmente de un día para otro. Por lo tanto, para entender dónde está usted con relación a Dios, mire la Palabra de Dios y no permita que su respuesta sea dada conforme a sentimientos, sino conforme a la Palabra de Dios.

### **Mi Testimonio**

El apóstol Juan declara: “Lo que hemos visto y oído, eso os anunciamos, para que también vosotros tengáis comunión con nosotros” *1 Juan* 1:3. Los que mejor pueden ayudar a su prójimo, son los que dan testimonio de su propia experiencia personal. Ellos pueden decir lo que conocen, no una simple teoría de lo que podría ser. Por consiguiente, yo quiero decir cómo esto obró en mi vida como una garantía a otros de que este es un camino seguro al éxito. Mucha gente alrededor del mundo

que han oído la misma presentación, puede contar la misma historia exitosa por este mensaje.

En 1953, me uní al personal de un colegio misionero como profesor. En los años siguientes fui elegido anciano de la iglesia. Amaba la iglesia y quedé absorbido en sus actividades. Entendía y amaba las doctrinas y predicaba el mensaje con seriedad y entusiasmo. Creía que estaba tan seguro de la salvación como cualquier pudiera estarlo, y descansaba día tras día en la esperanza de la vida eterna.

Gozaba de buena reputación y vivía una “buena” vida, pero interiormente tenía problemas sobre los cuales no podía ganar la victoria. Era profesor de carpintería y parecía que los muchachos no podían hacer bien los temas teóricos que les eran asignados en esta clase. Algunos de esos muchachos desarrollaron una fuerte resistencia en aprender, hasta que la clase llegó a ser una escena diaria de luchas entre mi esfuerzo por enseñarles y su resistencia por aprender.

Descubrí que mi paciencia era probada más allá de sus límites, de modo que se encendió mi furia contra ellos. Había ocasiones cuando gozosamente podía golpear sus cabezas contra la pared. Pero había una poderosa influencia que me impedía hacer eso. Yo tenía buena reputación que debía preservar. No deseaba la censura de los principales de la junta administrativa, por tanto, disimulaba mi ira y la mantenía escondida, de modo que no se notara de afuera tan fácilmente.

Si Usted toma una caldera de vapor y enciende suficiente fuego debajo de ella, y ésta se encuentra herméticamente cerrada, es verdad que lo soportaría un tiempo. Pero la presión se acumularía más y más. Si el fuego fuera quitado por un momento, la presión bajaría sin que haya una explosión, pero en cuanto se mantenga en el fuego, llegará el momento en que la caldera explotará. Cuanto más tiempo se mantenga la caldera sometida a la acumulación de presión, tanto más grande será la explosión al final.

Así sucedió conmigo. A medida en que la presión de la tentación sobre mí durante la semana calentaba mi ira día tras día, yo cerraba todas las salidas de escape, de manera que la ira en mí no podía fugarse. Pero permanecía allí, de modo que el tiempo había de venir cuando mi ira explotaría. Cuanto más tiempo yo resistiera esta tentación de ira, peor sería la explosión cuando el momento llegaría. Esto sucedía generalmente en el fin de semana cuando estaba en el hogar. Luego inmerecidamente mi esposa e hijos eran los recipientes de la ira que otros habían generado.

Cuando todas esas crueles palabras eran proferidas, entonces me sentía culpable y con remordimiento. Venía al Señor para pedir perdón y prometer muy seriamente que nunca volvería a cometer este error otra vez. Con firme y decidida determinación volvía al salón de clase tan sólo para repetir la misma historia. Otra vez, la actitud de los

muchachos agitaría mi ira. De nuevo cerraría las salidas de escape. Otra vez, iba a sentir el aumento de presión y luego la explosión. Otra vez, debía pedir el arrepentimiento y suplicar por el perdón. Luego vendría otro fracaso.

Yo estaba intentando y fracasando, pecando y arrepintiéndome, pecando y arrepintiéndome una y otra vez. Esta era una experiencia de *Romanos* siete sin duda. No podía comprender y el libro de *Romanos* me parecía el libro más difícil de entender en la Biblia. Buscaba respuestas. Escuchaba a otros predicadores para ver lo que ellos decían acerca del asunto, pero por todos lados era evidente que aun la mayor parte de los dirigentes estaban experimentando las mismas frustraciones que yo.

Así que me escudé en una filosofía protectora en la que justificaba mi experiencia en el marco de la experiencia de un salvado. Sabía que era diligente y sincero, que estaba haciendo lo mejor que podía y que en el gran día del juicio el Salvador diría: "Este hombre hizo lo mejor aunque vivió una vida de pecado en la tierra. Por tanto lo perdonaremos y le daremos un lugar en el reino."

Luego vino el día cuando me encontré con un joven que estaba realmente lleno del brillo de una experiencia de liberación. No había nada que deseara tanto como de este tema. Al comienzo de su conversación conmigo me pareció semejante a un lenguaje extraño, porque él estaba hablando de

una experiencia y de una vida de la cual yo no sabía nada.

Entonces de repente se dirigió a mí de la manera más directa. “¿Sabe usted lo que significa tener una victoria sobre todo pecado conocido, cada día?” Preguntó.

Yo me reí de eso. “¿Cómo puede ser?”, le dije incrédulamente. “He buscado por diez años esta clase de experiencia. Nadie ha orado más diligentemente o tratado con más firmeza que lo que yo lo he hecho para obtener esto. Tengo, sin embargo que hallar a otra persona que la tenga. Mire, trato de hacer lo mejor cada día. Cuando el día termina, pido perdón por mis pecados. Creo que Dios me perdona y el día de la resurrección Dios me aceptará de acuerdo a lo mejor que haya hecho, y creo que seré salvo.”

Nunca olvidaré su respuesta. No en palabras, sino en su mirada. La expresión de su rostro claramente decía: “Hermano usted necesita ayuda y la necesita urgentemente.” Ese mensaje que él me dio a través de su mirada hizo una profunda impresión en mí, de modo que cuando me preguntó que si podía venir a darme estudios Bíblicos sobre el tema, rápidamente hice arreglos para eso.

Supongo que nunca se me ha dado un estudio más extraño que ese. Él me leía un texto de las Escrituras. Luego hacía un esfuerzo para comentarlo y darle una explicación, pero parecía estar confundido y luego volvía al siguiente texto para de-

fenderse. De esta manera el estudio progresaba de modo que no aumentaba más que la lectura de un texto tras otro. Yo copiaba fielmente todos los textos en un papel.

Al terminar discutía los argumentos de incredulidad, y luego lo observaba partir. Estaba seguro que se iba como un hombre desanimado completamente persuadido que yo era un pobre sujeto por quien trabajar con el mensaje de liberación.

Pasaron varios días durante los cuales el poder de esos pasajes obraba en mi mente. No había nada claro o bien definido. Esto me recordaba del hombre ciego que comenzó a ver. “Él, mirando, dijo: veo los hombres como árboles, pero los veo que andan” *Marcos 8:24*.

Cuatro días pasaron. Esto fue un miércoles por la tarde. Vine por un momento a la casa aprovechando un receso en el trabajo, y me senté con la lista de textos de las Escrituras. Comencé a leerlos una y otra vez. “Porque el pecado no se enseñoreará de vosotros.” “Pero gracias sean dadas a Dios, que nos dio la victoria por medio de Cristo Jesús.” “Quien es poderoso para guardaros sin caída.”

Mientras leía cada texto lo hacía con un espíritu reflexivo, y despacio dejando que el significado del texto entrara en mi mente. Sé que el Espíritu Santo estaba allí para iluminar la Palabra de Verdad. Por lo tanto, continuaba estudiando la serie de textos en la lista y cuando llegué al tercero me

vino una tremenda convicción. Hasta ese momento yo había creído que no podía vivir sin pecado. De repente, pavorosas implicaciones de esta creencia llegaron a mi mente con notoria fuerza. Vi que si creía que cada día tenía que pecar, entonces era creer que Satanás era más fuerte que Cristo y que el pecado era más fuerte que la justicia. En el instante que entendí esta realidad, vi que mi vida no había sido un testimonio por el poder de Dios, sino por el poder de Satanás. Lo que hacía ese testimonio aún más revelador para Satanás, era el hecho de que yo sostenía la posición y mantenía la profesión que hacía.

Ahora el Espíritu Santo pudo hacer el trabajo. De repente, vi separarse de mí todo aquello en lo cual había confiado como una evidencia que era un hijo de Dios, mi conocimiento, mi celo, mi posición, mi amor por la verdad como yo la había entendido. Todo esto ahora nada significaba, en cuanto a seguridad concernía. Me vi como Dios me vio—desamparado, perdido, eternamente condenado. Allí me sobrecogió la amargura de una terrible desesperación, la oscuridad del terrible reconocimiento de que no me levantaría en la resurrección de los justos. Nunca he conocido un momento más terrible y oscuro en toda mi vida, y pude entender lo que los impíos sentirán cuando parados alrededor de la ciudad de Dios reconozcan que están eternamente perdidos.

De algún modo, y no sé cómo, el Señor puso al

desnudo mi honestidad para admitir que todo esto era realmente verdad. Yo no retrocedí para argüir que era un anciano de la iglesia, un profesor del colegio, un hombre bien versado en las Escrituras, un predicador, un hombre de buena reputación y de sacrificado celo por la causa de la verdad. Yo agradezco al Señor por esto, y suplico a cada lector que cuando el terrible momento de la verdad llegue, lo afronte y lo acepte tal como es; si ahoga las convicciones que el Espíritu Santo le trae, cerrará las puertas a la siguiente obra de gracia hecha para usted. Eso sería eternamente desastroso.

El Señor nunca hiere para no curar. En aquel mismo momento que me vi como un desamparado y perdido pecador y acepté la verdad de esto, el Señor abrió ante mis ojos las promesas como nunca las había visto antes. Fueron como si ellas hubieran sido escritas para mí personalmente. Una fe viviente saltó en mi corazón mientras me posesioné de la Palabra viviente. Caí de rodillas e hice una nueva oración, la primera en mi vida. “Señor, veo que el problema no es lo que he hecho, sino lo que yo soy. Esta mala vida en mí, es la fuente del problema. Semejante a una enfermedad, ella es el amo de mi cuerpo, de modo que no puedo hacer las cosas que deseo hacer, y que sé que debo hacer. Aquí está la vieja vida, quítala y dame Tu nueva vida en lugar de la vieja. Señor, te doy gracias por esto, en el nombre salvador de Jesús, Amen.”

Me puse de pie. En todo mi ser sentí la certeza de que había nacido de nuevo. No fue un sentimiento. No sentí nada diferente. Fue una convicción. Fue el testimonio de la fe basada en la palabra de Dios. Fue la misma conciencia que guió al oficial del rey a tomar muy pausadamente su camino de regreso al hogar porque sabía que su hijo estaba sano. No había necesidad de correr para saber como estaba su hijo. Yo lo sabía también, y lo supe entonces. El testimonio visual vendría después, como en el caso del oficial del rey.

En aquellos días poseíamos un carro Ford, Modelo A. Mi esposa frecuentemente lo conducía hasta la ciudad, pero no siempre lograba traerlo de regreso. Había ocasiones cuando recibía llamada telefónica de ella, debido a que se encontraba en problemas con el carro. Dejar mi trabajo para ayudarla, resultaba de lo más inconveniente en ocasiones, y antes de los días de mi liberación me irritaba por este motivo. Con palabras enojosas y de impaciencia, le decía eso a ella también. Debido a esos problemas nuestro hogar estaba en peligro de destruirse. Me sentía muy mal por mi mala conducta después que todo terminaba, y confesaba mi pecado y resolvía que esto no volvería a suceder. Recuerdo el día cuando ella llamó una vez más. Me acordé que había determinado portarme pacientemente y con dulzura. Todo marchó bien por algunos instantes. De pronto la llave resbaló. Se golpearon los nudillos de mis dedos. La ira se le-

vantó en mí y pronto el torrente de palabras flu-  
yó. Un triste sentimiento de “No tiene sentido”  
vino sobre mí. Me fui a casa frustrado e incapaz  
de entenderme a mí mismo.

Cuando el día de liberación vino, no sentí nada  
diferente dentro de mí. No había ninguna presión  
particular sobre mí hasta entonces. El fuego de la  
caldera se había apagado, y había sido un tiempo  
de descanso, y vivía feliz día tras día. Luego llegó  
el viernes por la tarde cuando una vez más mi es-  
posa había llevado el carro a la ciudad, me hizo la  
llamada de apuro desde un pueblo a cuatro kiló-  
metros de distancia.

Sin pensarlo dos veces en lo que se refiere a la  
manera como debía portarme, salí para ayudarla  
tan pronto como fue posible. Empecé a reparar el  
carro, y cuando no funcionó, envié a mi esposa al  
hogar con un vecino que en ese instante pasaba  
por allí. Finalmente tuve que remolcar el carro de  
regreso a la casa. Luego fui al hogar a cenar. Des-  
pués de haber asistido al servicio de la noche en la  
capilla, regresamos al hogar para el descanso de  
la noche.

Me quedé casi dormido. Mi esposa se había  
acostado a mi lado muy cuidadosa y pensativa-  
mente. No presté ninguna atención al respecto,  
hasta que ella de repente me dijo: “¿Qué  
ha pasado contigo?”

No tenía la menor idea de lo que ella se estaba  
refiriendo, y le pedí que me explicara.

En respuesta, ella me dijo: “Algo ha pasado contigo y quiero saber que fue eso.”

Otra vez le dije que no sabía a que se estaba refiriendo y le pedí una explicación.

“Esta tarde yo esperaba en el sitio del incidente como era usual, recibir tus bruscas acusaciones cuando llegaste. Pero en lugar de eso, simplemente hiciste lo que podías y me enviaste a casa. Estuve muy contenta al regresar, pero me decía a sí misma que cuando vinieras a casa, allí sería ultrajada. Pero cuando llegaste aún no decías nada. Yo pensé, cuando la hora de la comida llegue entonces vendrá el problema, pero otra vez te vi en paz y de una manera tranquila. Finalmente concluí que te habías restringido de hacerlo en esa hora, pero que cuando vinieras cansado al final de la reunión, y cuando fuéramos a dormir, entonces esto por fin vendría. Pero no lo ha habido aún. Algo te ha pasado y quiero saber que fue eso.”

Fue entonces cuando la visible evidencia estuvo delante de mí, del gran cambio que había tomado lugar internamente. Inmediatamente conocí que durante mi proceder había actuado fuera de la persona que ahora era, como previamente había actuado fuera de la persona que entonces había sido. Mientras que mis anteriores reacciones naturales eran una continua impaciencia e ira, eran ahora paz y paciencia. La maravilla de todo eso me sobrecogió, de tal manera que no pude responder, mientras en mi corazón

surgió el testimonio de mi alma: “De parte de Jehová es esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos” *Salmos* 118:23.

Querido lector, cuando usted llegue a ese punto donde conozca por sí mismo esta maravillosa transformación interna y vea la obra de esto con una reacción frente a las presiones de la vida total y completamente nueva y diferente, entonces, sabrá y entenderá cómo me sentí en ese momento. Fue maravilloso y bendito, es lo menos que puedo decir en verdad.

Muchos años han pasado desde entonces. Me siento feliz por ello, porque esos han sido años en los cuales el poder de esta verdad ha sido experimentado en los campos de batalla de la vida. Lamento que no pueda testificar que nunca haya pecado en ese tiempo, pero puedo regocijarme y testificar que la preciosa realidad todavía obra exactamente como lo hizo en aquella ocasión. Cuando he pecado siempre ha sido mi falta. Ha faltado mi fe, me he descuidado en mantener mi conexión con el poder de Dios, o algo semejante. Nunca ha sido falta de la verdad de Dios.

Pero la vida ha sido tan diferente desde esos días de fracaso. Era entonces, una continua repetición de las mismas contiendas contra los mismos pecados sin poder salir del círculo vicioso de pecar y confesar con el mismo problema año tras año. Ahora todas esas cosas han quedado atrás, mientras la obra de victoria se mueve a nuevas áreas,

y de este modo llega continuamente cada vez más luz. El libro de los *Romanos*, no es más un misterio. Me es placentero leerlo ahora porque puedo entender lo que Pablo está diciendo.

*Parte 3*

# *Luego del Nuevo Nacimiento*

## **No de Esclavitud a Esclavitud**

A este punto, debemos hacer una aclaración, a fin de contrarrestar la impresión errónea que muchos han adquirido de las verdades presentadas hasta aquí en estas páginas. Cuán a menudo me encuentro con personas que cuando les leo la verdad de Dios, que dice que la vieja naturaleza tiene que ser erradicada y reemplazada por una nueva, han argumentado que “esto entonces significa que usted no puede jamás volver a pecar, de donde se desprende entonces que uno está apto para irse directo al cielo.”

Esto no significa tal cosa, porque no pasamos de esclavitud a esclavitud, sino que pasamos de la esclavitud a la libertad. Mientras que la persona bajo el control de la mala naturaleza no es libre para hacer las obras de justicia, el Cristiano es libre de pecar si lo desea. Un estudio breve de las diferencias entre los dos amos, aclara esto muy bien.

En la situación descrita en *Romanos siete*, el

individuo tiene dentro de él, la mente carnal, un esclavizador despótico cuyo poder pesa más que el de la voluntad del individuo. Este amo gobierna la voluntad para servir a todos los deseos de la carne pecaminosa y usar esa carne como un instrumento de iniquidad. Estudie cuidadosamente los diagramas en la página siguiente para ver la verdad de esto.

El hombre de *Romanos* ocho, no tiene la naturaleza carnal. Él tiene la mente divina, incluso, la mente de Cristo. Él ha sido hecho nuevo y tiene un nuevo amo en lugar del viejo. Hay una vital diferencia esencial entre las naturalezas de estos dos años. La mente carnal es un amo despótico que gobierna por la fuerza. Pero Dios no gobierna por la fuerza. Él gobierna por amor. Dios nunca obliga al individuo a servirle. Él llama, Él invita, Él ofrece, pero nunca usa la fuerza. Por lo tanto, a menos que la persona haga una elección definida de servir a Dios, ella nunca lo logrará. ¡Cuán diferente es esto a la manera en que Satanás gobierna! Una vez que él lo tenga a usted bajo su poder, entonces le servirá quiéralo o no.

Cuando Jesús vino a esta tierra, Él dijo: “Como el Hijo del Hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos” *Mateo* 20:28. Este es el gran principio en la vida de Cristo y de su Padre. Por tanto, la mente divina es un siervo que sirve a la voluntad para sujetar y controlar la naturaleza humana, caída y pecaminosa de la persona.

## EL HOMBRE DE ROMANOS SIETE

### **La mente carnal:**

Un amo cruel y despótico que gobierna la voluntad, a fin de controlar la carne humana, débil, pecaminosa y caída



## EL HOMBRE DE ROMANOS OCHO

### **La mente divina:**

Un poder que coopera con la voluntad para someter la misma carne humana, débil, pecaminosa y caída.



Esto no quiere decir que el cristiano que ha nacido otra vez puede usar la mente divina como un siervo, porque no es así. Por el contrario, ese

poder maravilloso está allí para servir a la voluntad, siempre y cuando esa voluntad esté dispuesta a oír el llamado de Dios a obedecer sus justos mandamientos.

### **En Términos Prácticos**

Para dejar esta situación completamente clara, no tenemos más que trazar la obra de todo esto, primeramente en el caso del hombre de *Romanos* siete, y luego el del hombre de *Romanos* ocho. Para el hombre de *Romanos* siete, la tentación viene la tentación del maligno, la cual apela a los deseos o a las debilidades de la carne. En su mente, el hombre sabe que esto es incorrecto. Definitivamente decide no hacer las cosas incorrectas y envía al cuerpo las instrucciones de cómo debe actuar en este caso.

Pero la mente carnal es el amo real del hombre. Este poder en él domina ahora la escena para hacer completamente inefectiva la voluntad del hombre, de modo que los deseos de la carne no se mantengan bajo control sino que se manifiesten en pecado abierto. De manera que es claro que en esta situación la mente carnal es el centro de control.

En el caso del hombre de *Romanos* ocho, la situación es diferente. Una vez más la misma tentación viene a la misma carne. Una vez más la mente es llamada tomar una decisión con relación a lo que será hecho, porque cada tentación es un

punto de elección. Si la mente en este momento decidiera definitivamente no ceder a la tentación, entonces, con tal de que esa decisión sea hecha con absoluta fe, que el poder de Dios en él, y el poder de Dios de lo alto, se combinarán para hacer esa decisión efectiva, esos grandes poderes se levantarán en auxilio de la voluntad a fin de que la decisión sea positivamente victoriosa. La carne será guardada en perfecto control y la perversidad del pecado no aparecerá.

No se puede enfatizar con más fuerza, que es la fe la que da la victoria. El centro de control ha sido trasladado de la mente carnal a la voluntad, pero esa voluntad puede únicamente ser verdadera si ejerce su fuerza en la fe de que el Señor hará la decisión efectiva. Esta fe involucra la confianza de conocer el poder y la certeza que hay en Dios para hacer esto. Cualquiera que habiendo nacido de nuevo, piense que ahora es suficientemente fuerte en sí mismo para resistir el poder del pecado, con toda seguridad caerá bajo la tentación. “Mas, el justo por la fe vivirá” *Romanos 1:17*.

### **Perseverancia**

Por lo tanto, ha de comprenderse que hay una necesidad real de mantener viva la experiencia que ha sido obtenida. “Mas el justo por la fe vivirá.” Pero la fe puede morir y perderse. De ahí que, ella necesita no sólo ser mantenida, sino desarrollada y

fortalecida. La fe es algo vivo y a menos que las cosas vivas estén creciendo continuamente, morirán.

Así que la fe ha de ser alimentada diariamente con la palabra de Dios. El acto de entrar en esta experiencia de liberación del viejo hombre, es llamado, “el nuevo nacimiento” en la palabra de Dios. Es por esta razón que a un nuevo Cristiano se le llama “una nueva criatura.” Un niño recién nacido acaba de comenzar el largo viaje de la vida, y necesita inmediatamente sustento diario, de modo que pueda desarrollarse en todos los aspectos hasta alcanzar la completa madurez de un hombre o una mujer. Así que desea beber leche para su sustento. “Desead como niños recién nacidos, la leche espiritual no adulterada, para que por ella crezcáis para salvación” *1 Pedro 2:2*.

La necesidad que hay de que el nuevo Cristiano y también de los viejos, estudien diariamente la palabra de Dios, no puede dejar de enfatizarse. En ello hay fortaleza. Sin este alimento espiritual, la fe decrecerá cada vez más, de modo que cuando la poderosa tentación del enemigo venga, es seguro que caerá. Caerá aun cuando tenga el poder de Dios dentro de usted.

Usted podría preguntarse, cómo puede ser posible cuando se reconoce que el poder de Dios es el poder más grande en existencia y es ciertamente más poderoso que el poder del pecado. Si ese poder está en nosotros, entonces ¿cómo podría el pecado tener dominio sobre nosotros?

Para demostrar en los más claros términos, cómo es que la presencia del poder de Dios en la vida no es una garantía automática para no pecar otra vez, analice la siguiente ilustración.

Un poderoso ejército, suponga uno comandado por César o Alejandro el Grande, sala a la batalla. Los ejércitos que ellos comandaron, fueron en su tiempo los más poderosos ejércitos en la tierra y no hubo enemigo que osara igualárseles o desafiarlos. Al considerar a cualquiera de estos dos ejércitos, ha de ser visto que hay dos divisiones—por un lado, el general que comandaba el ejército y por otro lado, el poder colectivo del ejército que estaba constituido por los soldados de a pie, con sus armas, y la caballería con sus carros, hombres de a caballo y sus armas. El general por sí solo no tiene poder con el cual comenzar a hacer frente a la más pequeña fuerza enemiga que pueda venir contra él. Su poder es el poder del ejército, y únicamente como éste, esté dedicado a su servicio podrá marchar en forma victoriosa. De igual manera el ejército tiene que tener la destreza y la dirección del general, a fin de operar efectiva y eficientemente. El general es la voluntad del ejército y todo depende de la acción correcta de esa voluntad, si la victoria ha de ser asegurada.

Supóngase que se trata de un poderoso ejército que en toda su trayectoria no ha conocido más que la victoria en toda su existencia. Ahora permanece ante él una batalla más que librar, antes que

haya sido lograda la conquista de toda el área. Un enemigo relativamente menos numeroso es desplegado al pie de la cordillera, y se requiere de un enfrentamiento para asegurar el control del país.

Pero el general y sus oficiales han llegado a confiar demasiado en sus destrezas, habilidades y poderes, por lo que deciden que antes de ir a la batalla, celebrarán una fiesta en donde tomarán licor durante toda la noche. Por consiguiente el general y sus más importantes oficiales dejan el ejército y su campamento, y se dedican durante toda la noche a sus festividades con el resultado de que al día siguiente estaban tan intoxicados que quedaron completamente inconscientes.

Supóngase que el enemigo en ese momento decide hacer un sorpresivo e inesperado ataque al ejército. Repentinamente se levantan los guardianes, el ejército enfrenta el enemigo, pero ellos necesitan las órdenes del general para organizar y desplegar sus fuerzas, porque el enemigo es astuto y fiero. Pero en la condición en la cual el general se encuentra, es incapaz de hacer la menor decisión, por lo tanto no puede dar las órdenes a su ejército que está bajo su control.

Pronto el ejército se encuentra sin un comandante, sin una voluntad y sin sabia dirección. Es el más grande y el más poderoso ejército sobre la tierra afrontando un enemigo considerablemente más pequeño y débil que el suyo, y debe por lo tanto tener una rápida señal de victoria, pero bajo es-

tas circunstancias ¿quién ganará la victoria? La respuesta es que el más pequeño y débil enemigo será el victorioso en el campo.

La equivalencia a la anterior ilustración es como sigue: La grandeza del poder del ejército es el símbolo de la presencia del poder de Dios en la vida. Este poder es el más grande y majestuoso en existencia, y no hay nadie que pueda permanecer contra él. El comandante en la experiencia de *Romanos* ocho, es la inteligente y sabia voluntad. El enemigo es la carne, impura y pecaminosa, y a través de la cual el diablo trabaja para efectuar la ruina y la destrucción completa del hombre.

Ahora, mientras que el ejército terrenal es capaz de hacer algo sin la voluntad ni la dirección de su comandante, el poder de Dios en nosotros no puede hacer nada por nosotros sin la correcta acción de la voluntad. Por tanto, si en la hora de la tentación, fallamos en tomar las decisiones correctas y decirle NO, resueltamente al enemigo, entonces el poder de Dios no podrá hacer nada por nosotros y seremos las víctimas del poder del diablo a través de nuestra carne caída.

Esto es algo muy poco entendido, con el resultado de que muchos se encuentran cayendo bajo el poder del enemigo, cuando sus vidas debieran ser un continuo canto de victoria sobre el pecado. Un estudio especial ha de ser dado al papel de la voluntad por un lado, y lo engañosa y pecaminosa de la carne por el otro. Necesitamos como lo hicieron

los santos apóstoles, confesar la pecaminosidad de esta naturaleza, y no confiar en lo absoluto en la carne.

Tal derrota es real cuando la fe es débil, pero nunca tiene que ser así. La fe puede mantenerse viva y tiene que ser mantenida viva.

Recuerde esto, cuando la nueva vida es dada, es perfecta, justamente como el niño es perfecto cuando nace. Para que el niño crezca en su perfección, tiene que ser adecuadamente alimentado y cuidado. El Señor provee el alimento, pero nosotros tenemos que dárselo. Dios automáticamente no alimenta al niño día tras día. Esa es tarea de los padres humanos. Así también, Dios provee todo el alimento necesario en la Biblia con el cual sustenta al niño espiritual, pero es nuestra responsabilidad alimentarlo. Dios no lo hará por nosotros. Una Biblia cerrada es semejante a una despensa sellada. No es de beneficio alguno.

## **Velad**

Jesús dijo: Velad y orad, para que no entréis en tentación; el espíritu a la verdad está dispuesto, pero la carne es débil” *Mateo 26:41*.

Entrar en la vida Cristiana es prepararse en el ejército del Señor. El viaje de ahora en adelante es una batalla y marcha de todos los días. No estamos para meriendas. Estamos en guerra. El enemigo está en el campo buscando el punto más dé-

bil, de modo que pueda derrocarlos hasta la destrucción. “Sed sobrios, y velad; porque vuestro adversario el diablo, como león rugiente, anda alrededor buscando a quien devorar” *1 Pedro 5:8*.

Ningún ejército puede entrar a la guerra sin colocar centinelas, a fin de que el enemigo no venga sobre ellos sorpresivamente. De igual manera el Cristiano debe colocar centinelas cada día. La Biblia revela todas las tácticas del maligno, de tal manera que podamos conocer dónde y cómo velar para salir a su encuentro con la Palabra de Dios antes que él pueda ganar ventaja.

## **La Batalla es del Señor**

No es lo más importante que intentemos pelear con el diablo, nosotros mismos. El gran conflicto es entre Cristo y Satanás. No intente pelear la batalla de Cristo por Él. Entonces, cuando Satanás venga a usted, entréguéselo al Salvador y permita que Él trate con Satanás. Tan cierto como lo haga, Satanás huirá de usted, porque sabe que Cristo ya lo derrotó.

Sin duda que aparecerán algunos que sonreirán con esta ilustración, pero he hallado que ha sido de gran ayuda para algunas personas:

Usted está en una expedición en las selvas vírgenes del África central. Llega el día cuando tiene que atravesar un área espesa y peligrosa. Usted no está familiarizado con el campo ni con la clase

de animales que se encuentran en esta área. Pero un guía le ofrece su servicio. Este hombre ha caminado esta senda con éxito en innumerables ocasiones. Él conoce el campo y cómo tratar con los animales salvajes. Además viene con todas las armas necesarias para combatir en las posibles batallas que deba librar.

Después de un momento usted se encuentra cara a cara con un peligroso y terrible gorila que se lanza al ataque tan pronto lo ve. Ahora suponga que usted se enfrenta a la fiera peleando a mano limpia. ¡Habría que tener mucho valor! Pero usted no se ha olvidado del guía que ha comisionado, así que, en cuanto se lanza contra el gigantesco animal, llama al guía, “venga rápidamente para que me ayude a pelear contra este gorila.”

Pero ¿qué dirá el guía desesperado? Él gritará: “¡Retírate de ahí! No puedo usar mis armas contra ese monstruo a menos que te retires.”

Así, quedaría frustrado el trabajo del guía asegurando su propia derrota. Por tanto, asimismo, tenemos que dejar a Cristo el trabajo que sólo a Él le pertenece. Cuando el enemigo venga, no trate de pelear con él “Porque de Jehová es la batalla” *1 Samuel* 17:47. “Porque no es vuestra la guerra, sino de Dios” *2 Crónicas* 20:15.

No somos tan fuertes como Satanás, pero Cristo es más fuerte que él. No podemos sostener un argumento contra el diablo. Sólo Dios puede hacer eso. Por lo tanto, recuerde siempre que la simple

---

resistencia al diablo ha de ser hecha con el poder de la Palabra y no con su propio poder. Cuando él venga, dígame simple y llanamente que está equivocado. La persona que acostumbraba a responder a esas tentaciones no reside ya más en usted. Las cosas han cambiado y la nueva vida en Usted no hace esas cosas. Tan pronto como el diablo oye la voz de la fe declarando esas cosas, huye, y la tentación se torna en nada.

## *En Conclusión*

Los que apliquen los principios expuestos en este estudio y sigan los procedimientos esbozados aquí, serán librados del dominio del pecado y se iniciarán en el cuerpo de Cristo.

Entonces sigue el proceso de educación, por el cual el alma es liberada de ideas y teorías equivocadas aprendidas en la escuela de Satanás. La terminación de una obra es el comienzo de la otra. Una vez implantada, la semilla debe crecer hasta su completa madurez. Día tras día habrá un firme crecimiento si el creyente se alimenta diligentemente de la Palabra viva.

Satanás procurará de manera insidiosa desviar de Cristo el alma que ha nacido de nuevo, y tristemente, a veces tiene éxito. Sin embargo, esto no quebranta el matrimonio con Cristo. Un rápido arrepentimiento, el perdón y la limpieza, renovarán el compañerismo con Dios, y se aprenderán lecciones de inestimable valor; el alma estará más segura en el futuro.

Este estudio no es la última palabra en el plan de salvación. Sólo describe la entrada inicial a la familia de Cristo. Se han ofrecido algunas directrices para mantener la experiencia, pero la obra de reforma no ha sido descrita con profundidad ni detalle. Una obra acompañante, *Reavivamiento y*

---

*Reforma*, cubre este aspecto de manera más adecuada, y está disponible en La Comunidad Advento Reposo Sabático.

El camino de Dios para cada uno de Sus hijos es de victoria y paz, no de derrota y miseria. ¡Que cada uno se deshaga de las cadenas del pecado y viva como Dios ha destinado que sea!

Para un estudio adicional recomendamos los libros siguientes:

Los Vivos y los Muertos .....	F. T. Wright
Confesión Aceptable .....	F. T. Wright
Justicia Viviente y el Sábado de Dios .....	F. T. Wright
Los 144.000 .....	F. T. Wright
Los Tres Templos.....	F. T. Wright
La Venida de Cristo Demorada — ¿Por Qué? .....	F. T. Wright
La Iglesia de Dios no Es Babilonia .....	F. T. Wright
Afrontando el Juicio — ¿Estas Listo?.....	F. T. Wright
Yo Pienso Como un Hombre .....	F. T. Wright
Justificado — por Fe! .....	F. T. Wright
Ved Aquí al Dios Vuestro .....	F. T. Wright
Reposo del Sábado de Dios .....	F. T. Wright
Salvación del Niño .....	F. T. Wright
Reavivamiento y Reforma.....	F. T. Wright
Los Siete Angeles .....	F. T. Wright

El camino Consagrado a la Perfección Cristiana ..... A. T. Jones  
Individualidad en Religión..... A. T. Jones

Carta a los Romanos .....

E. J. Waggoner

Estos libros están también disponibles en otras lenguas:  
inglés, alemán, francés, portugués y rumano.

Tarde o temprano a todo individuo le llega el momento en que se da cuenta que él no es su propio amo, o dueño de sí mismo. Sino, que es un prisionero sometido a una situación que no puede explicar plenamente.

**De la Esclavitud a la Libertad**, describe el problema desde un punto de vista Bíblico. Esta presentación, no es una disertación teológica difícil, se trata, mas bien una explicación práctica del tema. En primer lugar, se describe lo que es la esclavitud en sí misma, y en segundo lugar, se enseña el camino que conduce a la verdadera libertad.

Los que han experimentado el poder viviente de Dios—el evangelio de Jesucristo—saben ya que la oscuridad ha sido desterrada de sus vidas, y que ha comenzado un grandioso nuevo día. La libertad del pecado ha destituido la esclavitud y la desesperación. El creyente ha llegado a ser parte del cuerpo de Cristo, quien disfruta cada día de un feliz compañerismo con su Libertador, recientemente encontrado. Para los que experimenten esto, esta transición señala la gran línea divisoria de la vida. Nada volverá jamás a ser igual, porque todo ha sido hecho nuevo, en verdad.

